

En memoria de mi padre.

AL TANTER D MI LIRA

POESIAS, NARRACIONES  
POR  
VICENTE ARNORIAGA



F. Bartón  
XXIII

**HESPERIA**  
**LIBROS**  
Plaza Los Sinos. 10- ZARAGOZA

108-1

105

EN MEMORIA DE MI PADRE

# AL ZAÑER DE MI LIRA

POESÍAS : NARRACIONES

— POR —

VICENTE ARNORIAGA

PORTADA Y DIBUJO

— POR —

FÉLIX BAZTÁN



TALLERES TIPOGRÁFICOS  
"LA ACCION SOCIAL"  
PAMPLONA

1923



*Me permito, lector, presentarte a un autor novel. Y quisiera informarte un poco sobre él antes de que te enfrasques en la lectura de su obra.*

*El autor es, ante todo, un temperamento lírico cuyo corazón vibra fácilmente. Más que hablar, parece que le gusta cantar. Y lo hace con una espontaneidad que arrastra todas nuestras simpatías.*

*Pero lo que más se acusa en esta obra es una viva sensibilidad que mira con avidez todas las cosas. Ciertamente, los temas no son demasiado originales. El del autor no es un temperamento que bebe los vientos tras la novedad. Canta naturalmente porque, como Bécquer, tiene el corazón lleno de música y necesita que suene a todos los vientos. Por otra parte, el autor es joven y el mundo se le aparece ingenuamente, sin complicaciones, como a los ojos de un hombre de buena fe. Quizá más tarde, cuando la experiencia vaya forjando su sensibilidad, aparezcan ante él los aspectos profundos de las cosas, y el cantor sencillo de ahora se convierta en un verdadero poeta, puesto que*

*en su obra se manifiestan ya dos condiciones esenciales: sensibilidad y facilidad.*

*Otra razón te hará además mirar, lector, estas composiciones con un simpático respeto: ellas son el homenaje puro de un hijo a su padre; la ofrenda del alma misma del autor a quien le dió el ser.*

*Y ahora, el autor tiene la palabra.*

*Leoncio Urabayen.*



## DOS PALABRAS AL LECTOR

---

*El Sr. Urabayen; pluma prestigiosa, accediendo a mis ruegos amabilísimamente, ha prologado la presente obrita; y, a decir verdad, su prólogo será lo único bello y de mérito que se encuentre en ella.*

*No quiero, amable lector, que pases al fondo del libro creyendo hallar «cosas» bien escritas, bellezas literarias, porque quedarás chasquedo.*

*Como no pretendo con mi libro, ni puedo pretender, sentar plaza de literato, he de advertirte que no persigo otro fin que el de rendir un homenaje a mi amantísimo padre (q. e. p. d.) Era una deuda con él contraída que no me es posible dejar sin saldarla, aunque, bien a mi pesar, humildemente.*

*Así, pues, atendiendo al móvil que me ha impulsado a editar «AL TAÑER DE MI LIRA», cuando, después de leerlo, cierras, un poco desilusionado el libro y lo dejes en tu librería, perdona y olvida las imperfecciones que en él hayas encontrado, y piensa que he querido solamente cumplir un deber filial.*

*Esto es lo que te ruega*

*EL AUTOR.*





TRABAJOS EN VERSO



## LA NAVARRA

Yo quisiera elevarte un himno grande,  
¡oh, Navarra, querida patria mía!  
Un himno cual aliento de la umbría  
que en tus montañas vírgenes se expande.

Un himno tan ferviente y amoroso  
que, al llegar a tus peñas siempre enhiestas,  
se elevara aún, solemne y majestuoso  
cual las aves que anidan en tus crestas.

Y quisiera cantarte en las dulzuras  
de mi infancia feliz, suave, dorada,  
y decirte muy quedo las ternuras  
que en mi pecho rebosan, madre amada.

¡Raza navarra, de laureles llena,  
raza valiente, indómita, esforzada...!  
Tu nobleza el lejano eco resuena,  
ya que igual, con la faz fría y serena,  
manejas el arado que la espada.

Tus hijas, tan cristianas como hermosas,  
honra son de esa tierra de valientes,  
y son en tus mañanas, blancas rosas  
que nacen a los rayos refulgentes  
del sol en tus praderas olorosas.

Y saben ser modelo de hijas fieles,  
y saben ser esposas ejemplares,  
y saben madres ser y con sus mieles  
endulzar las faenas de los lares,  
endulzar de la vida los pesares.

. . . . .  
¡Oh, tus campos, cargados de armonías,  
y tus montes que al cielo mismo se alzan,  
y tus sonos que al Dios de lo alto ensalzan  
saturados de dulces melodías!

Y el son de tus dulzainas, tan cadente,  
tan lleno de románticos dulzores,  
que dicen de una virgen los amores,  
que riman las tristezas del ausente.

Y el chistu, tan sonoro, tan gentil,  
que canta la alegría de tus prados,  
que recuerda los cantos no imitados  
del mirlo que retoza en un pensil...

Y el grito del «irrintzi» milenario,  
que al sonar en tus crestas siempre altivas,  
rememora las gestas primitivas  
de tu ignoto principio legendario,

En mi amor, yo quisiera, patria mía,  
cantarte con mi lira un himno grande;  
un himno cual aliento de la umbria  
que en tus montañas vírgenes se expande.

Mas no puede mi lira destemplada  
cantar como mereces, noble tierra.  
Si tuviera los vientos de tu sierra  
que al cielo alza su cima recortada;  
si tuviera del bosque los murmullos;  
si sus cuerdas vibrasen los arrullos  
que a la mágica luz de la alborada  
gorjean los felices ruisseñores;  
si tuviera el estrépito imponente  
con que amortigua el rápido torrente  
del campo los bocólicos rumores;  
si tuviera el mugir de la tormenta  
que a los simples y sabios amedranta;  
si tuviera el sonido celestial  
de la lira de plata y de cristal  
con que Apolo compuso sus canciones,  
cantara ese himno grande cuyos sonos,  
preñados de mi amor puro, filial,  
al cielo llegarían exaltados,  
extendiéndose mágicos, alados  
formando un gran clamor viril, triunfal.

¡Y entonces me arrojara yo feliz  
en brazos de esa raza de bravura  
que, nunca, ni en la negra desventura,  
humilló ante el tirano sus cervíz!

---

# A MI MADRE

(*Tríptico de sonetos*)

## I.—MUJER

Humana condición de la mujer  
en sufrir humillada y sometida  
a la fuerza brutal y desmedida  
del hombre, que la obliga a obedecer.

Su sino en este mundo es padecer  
y acudir cariñosa y decidida  
a endulzar los pesares de la vida...  
¡Sublime condición la de mujer!

Ella sirve de norte a los anhelos  
de la noble ambición de los humanos,  
y después de alentar nuestros desvelos,  
nos coronan de paz sus suaves manos.  
¡Por eso, madre, imagen de los cielos  
te ofrendo yo mis cánticos más sonoros!

## II.—MADRE

«¡Madre...!» De esta palabra el blando son  
¿no vierte en vuestros pechos la dulzura  
la infancia al recordar, toda ventura,  
que llena de alegría el corazón?

¿No creéis escuchar cierta canción  
pletórica de gracia santa y pura  
cantada en silenciosa alcoba oscura  
al impulso de amor de santa unción?

¡Sublime exaltación de la mujer!  
¡Triunfal apoteosis de la vida!  
El alma la contempla suspendida,  
mas nunca la consigue comprender...  
¡Por eso te amo yo, madre querida:  
porque cumples la ley del Sumo Ser!

## III.—SANTA

«¡Mujer... Madre...!» ¡Magnífico blasón  
que lleváis con insólita humildad!

¡Magnífico blasón de caridad  
que adora reverente el corazón!

Sacrificio, altruismo, abnegación  
ofreceis a la ingrata Humanidad,  
y el fruto recogeis de tal bondad  
en los hijos de vuestra concepción...

    Mi lira es harto pobre y destemplada  
y no puede las glorias, ¡ay! cantar  
cual mereces bendiga madre amada.  
Por eso mi alma se alza enamorada  
y te eleva, por santa, un rico altar.



## ESTELA DE LA VIDA

(A mi hermana CONCHA)

Pasó feliz, rozándome en la vida,  
y pasó como el agua por la peña;  
unir quisimos los destinos nuestros  
y no pudo la unión hacerse apenas.

Sus ojos, sus palabras, sus caricias  
dejaron en mi espíritu la huella  
de la barca que cruza el manso río:  
un punto de contacto hay en su estela,  
que se ensancha, se ensancha hasta la orilla  
y después, desaparece con presteza.

Era hermosa — mujer blanca, de ensueño —  
y era humilde y modelo fiel de buenas...  
Y la quise con ansias de alma joven,  
y pensé que también me amaba ella.

Y me amó con pasión nunca inspirada,  
me amó con frenesí que nunca viera...  
Pero fué solamente unos momentos:  
—¡Momentos de placer de mi existencia!—

¡Desengaño primero de la vida...!

Creíamos amarnos, y la ausencia...  
el velo levantó tras el que estaba  
oculta la verdad tría y escueta.  
Ni era ella el amor de mis ensueños  
ni era yo el que forjó ella en sus quimeras.

En vano pretendimos, temerarios,  
oponernos del sino a la inclemencia.  
Queríamos amarnos, y el olvido,  
ponía en nuestros pechos la tibieza.

Y un día en que el desvío era más grande  
le dije tembloroso en mi impotencia;  
—No podremos amarnos nunca nunca...  
—Es verdad, no podremos— dijo ella.

—No eres tú la mujer de mis ensueños.  
—No eres tú el que forjé yo en mis quimeras.

. . . . . , . . .  
. . . . .

Fué una página dulce de mi historia;  
y no dejó en mi pecho odio ni pena ...  
Felíz pasó, rozándome en la vida,  
y pasó como el agua por la peña;  
unir quisimos los destinos nuestros  
y no pudo la unión hacerse apenas.





## LA CANCIÓN DEL BARDO

*(A don Leoncio Urabayen)*

Soy el bardo bohemio que deambula  
entonando mil cánticos de amores,  
que canta a la Mujer y a la Belleza,  
que liba la ambrosía de las flores.

Soy el bardo cantor triste y alegre;  
soy el bardo que hurtó a los ruseñores  
sus endechas más dulces y sus églogas.,  
¡Soy el bardo cantor de los cantores!

En mi vida bohemia y de amargura  
se cierne la Tragedia amenazante;  
y en mi larga cruzada de poeta  
me asemejo al ansioso caminante:  
buscador incansable de ideales  
no reposo jamás, vivo anhelante;  
y es que en mi alma un sublime lema llevo:  
«caminar, caminar, siempre adelante.»

Soy el bardo bohemio,  
el cantor de romanzas,  
que en sus tristes andanzas  
consiguió sólo un premio:  
¡Recuerdos y esperanzas!

No tengo más fortuna que mis versos;  
no tengo más amores que mi lira;  
y uniendo a mis cantares sus acordes,  
a su mágico son mi alma delira.

Es la nota final de mis estrofas  
un hálito de amor que mi alma espira,  
y al temblar en el aire se percibe  
suave aliento de virgen que suspira.

Por la abrupta vereda de la Vida,  
cuando en pos de otros hombres caminaba,  
oí entre carcajadas: «Ese es loco!...»  
Mas nunca me vengué, siempre callaba.  
Solitario, en silencio y concentrado,  
de sus locas corduras me burlaba:  
que es locura vengarse de los necios,  
¡Y era necio el que loco me llamaba!

Soy el bardo bohemio,  
el cantor de romanzas,  
que en sus tristes andanzas  
consiguió solo un premio:  
¡Recuerdos y esperanzas!

Cantar es mi destino, alegre o triste;  
rimar es mi destino de cantor;  
yo canto en mis estrofas a la Vida  
cual canta en el pensil el ruiseñor;  
y rimo a la alegría mil canciones,  
y entono mil endechas al Dolor;  
que hay en ambos esencia de belleza,  
¡y canta a la Belleza el trovador!

De pueblo en pueblo voy, cual peregrino,  
ofreciendo a las almas elevadas,  
capaces de sentir la poesía,  
mis trovas, mis endechas, mis baladas;  
y siempre una mujer encuentro buena  
que paga con sonrisas y miradas  
mis rimas, que a su espíritu sublime  
se elevan, cadenciosas, delicadas...

Soy el bardo bohemio,  
el cantor de romanzas,  
que en sus tristes andanzas  
consiguió sólo un premio:  
¡Recuerdos y esperanzas!

No quiero que los hombres me coronen  
con ramos de laurel, pesada carga;  
no quiero verme en brazos de la Gloria;  
que es fugaz su placer, su ausencia larga.

Sólo quiero que al pié de mi sepulcro,  
cuando el alma del cuerpo se descarga,  
recite una mujer la poesía  
que yo le dediqué, dulce y amarga.

Soy el bardo bohemio que deambula  
entonando mil cánticos de amores,  
que canta a la mujer y a la Belleza,  
que liba la ambrosía de las flores.

Soy el bardo cantor triste y alegre,  
soy el bardo que hurtó a los ruiseñores  
sus endechas más dulces y sus églogas...  
¡Soy el bardo cantor de los cantores!

# EL CABALLERO de la MUERTE

(A don Félix Bazlán)

## (VISION)

Yo soy el Caballero macabro de la Muerte;  
yo soy el caballero que a todos los confines  
mi fuerza inmensa llevo, conforme con mi suerte,  
sin heraldos fastuosos ni sonoros clarines.

Y es tal mi poderío, y es tal mi fortaleza,  
que igual mando a mi antojo y ordeno a mi capricho,  
las grandes hecatombes de la Naturaleza,  
la simple picadura mortal de ínfimo bicho.

Yo destruyo a mi paso las potentes naciones  
con guerras y con pestes, con odios y delitos;  
y al mirar humeantes los grisáceos cañones,  
sonrío cual los Genios del Averno malditos.

Y al contemplar enhiestas las triunfantes banderas,  
y al mirar refulgentes las finas bayonetas,  
me burlo de las glorias de guerra pasajeras...  
¡Que es la gloria fortuna basada en las veletas!

Mas también, obediente y sumiso a los humanos  
soy siempre, y me someto a sus múltiples pasiones;  
y ayudo con mi fuerza a arrollar a los tiranos,  
lo mismo que coadyuvo a saciar sus ambiciones.

Soy la sombra sangrienta del que sufre un ultraje;  
el consuelo aparente soy de los arruinados...  
¡Yo soy el estratega que en tétrico paraje  
concibe la emboscada falaz de los malvados!

Me temen los del paria cobardes opresores;  
me temen porque saben que, en mi danza siniestra,  
humillo a los soberbios, destruyo sus honores...  
¡Que no valen ni honor ni riqueza en mi palestra!

Los buenos no me temen, no me odian ni maldicen;  
no más que el incidente final de su camino,  
para ellos es la Muerte, y tranquilos la bendicen,  
porque es la que transporta lo humano a lo divino.

Los pobres, los hampones, los parias, los mendigos,  
me buscan, me ambicionan, me anhelan en sus penas;  
y si en mis correrías arrastro a sus amigos  
igual suerte demandan que rompa sus cadenas.

Por entre los potentes, cubierto de improperios;  
cubierto de alabanzas por entre los hampones,  
¡yo soy como el telón que entre aplausos y dicterios  
dé fin a la tragedia de estúpidos histriones!

· · · · ·  
· · · · ·

Yo soy el Cabellero que a todos los confines  
mi fuerza inmensa llevo, conforme con mi suerte,  
sin heraldos fastuosos ni sonoros clarines...  
¡Yo soy la Parca helada!... ¡¡Yo soy la horrible Muerte!!



# PLEGARIA de la HETAIRA

*(A don Manuel Iribarren)*

Si al mirar los retazos que la Vida  
del alma me arrancara en mi camino,  
cual la mar arrebatada embravecida  
y envuelve en negro vórtice al marino;  
si la sangre al fluir ves de mi herida  
comprendiendo lo amargo de mi sino,  
¡Recoge esta oración que a tí se eleva  
y mi aliento postrer débil te lleva!

En mis brazos moriste, madre santa;  
y ante el frío cadáver, dolorida,  
sintiendo tal dolor y angustia tanta,  
que mi cuerpo era ya un cuerpo sin vida,  
el voto pronuncié, que ahora me espanta,  
de imitar tu conducta esclarecida.  
Mas torció mi sendero mi destino  
y del vicio seguí el triste camino.

Un hombre con entrañas de serpiente,  
un monstruo, negro aborto del infierno,  
sedujo mi candor de adolescente,  
y jurándome amor puro y eterno,  
mi cuerpo desgarró, débil y tierno;  
y luego, abandonándome en el mundo,  
a la vida me echó, al fango profundo.

La sociedad, hipócrita, altanera,  
el pan me denegó que mendigaba;  
fué inútil que trabajo yo pidiera:  
la gente, con el dedo me apuntaba,  
cual si impreso en la frente retuviera  
el signo que mi falta denunciaba,  
mi falta que de fango me cubría...  
¡Y hetaira me llamaron, madre mía!

¡Cuántas noches como ésta, madre amada,  
antes que un paso dar hacia el abismo;  
en harapos mugrientos embozada,

de la angustia pasé en el paroxismo!  
Y al cantar los jilgueros la alborada,  
maldecía su canto de optimismo...  
¡Que al nacer esplendente el nuevo día,  
mas angustia arrojaba al alma mía!

Y el momento fatal llegó inclemente:  
¡Tuve hambre!, y ante tal atroz suplicio,  
de vergüenza tiñéndose mi frente,  
por la cuesta caí del precipicio...  
¡Y el cuerpo contraté cobardemente,  
en el negro cubil de un meretricio!  
¡Perdón, por caridad! ¡Perdón te implora  
la que tanto pecara y tanto llora!

El nombre que me diste puro y santo,  
por otro lo cambié, que mi conciencia,  
aun en medio de vicio y crimen tanto,  
me mostraba, tenaz, la irreverencia  
de manchar tu legado sacrosanto  
en el víl lodazal de mi existencia.  
Y ante el mundo vicioso me mostraba  
con un nombre que al tuyo suplantaba.

Un hombre, cuyo espíritu elevado  
comprendió la tragedia de mi vida,  
su tesoro de amor, puro, sagrado,  
me ofrendó; mas «yo era una perdida»  
y los suyos me echaron de su lado,  
cual se arroja la fruta corrompida...  
¡Y entonces anhelé, febril, morirme,  
pero Dios no me oyó, no quiso oirme!

Seguí la negra ruta de mi sino,  
escarnios y bajezas soportando;  
mas mi pecho, agobiado ya, cansino,  
en su fondo mi llanto iba enjugando;  
fué preciso seguir bebiendo vino,  
continuar a los hombres engañando.  
Y acepté resignada el sacrificio  
de reir, de engañar... ¡Que era mi oficio!

Conozco que mi vida se consume,  
comprendo que mi alma se evapora,  
y se acerca el instante que resume  
en un punto un ocaso y una aurora...  
¡Señor, derrama presto tu perfume  
de amor puro sobre esta pecadora!  
¡Yo quiero recibirte, Hostia bendita,  
y en tu gracia morir, buena, contrita!

Pequé contra tus leyes tantas veces  
que merezco la máxima condena,  
y aunque apuré de mi dolor las heces  
si de culpa me indultas, no de pena.  
Quisiera yo ofrendarte ricas preces,  
y arrastrarme a tus pies, cual Magdalena,  
tu perdón implorando, arrepentida,  
por lo mucho que amé y pequé en la vida.







## EL VIEJO ALDEANO

*(A don Baldomero Barón)*

Camina lentamente el campesino  
de vuelta del trabajo cotidiano,  
la cabeza caída sobre el pecho,  
cual si fuera en silencio repasando  
las nobles ambiciones,  
los sueños sonrosados  
que allá, en la lejanía nebulosa  
de los alegres años,  
en que, joven, robusto cual el roble,  
cual el roble, lozano,  
traspasara anheloso las colinas,  
los agudos picachos  
de las sierras ingentes que rodean  
su caserío vasco,  
de tradiciones lleno,  
de leyendas preñado...

—¡Caserío nativo, envuelto siempre  
en un dulce calor, cual el regazo  
de la madre querida,  
en que lágrimas tantas enjugamos!—

Y acaso por su vista ya gastada,  
en la larga procesión, van desfilando  
las muertas alegrías,  
los grandes desengaños,  
los sueños ambiciosos,  
los sueños cuya tumba fué el fracaso...

Mientras todos dormían,  
salió pausadamente de su cuarto;  
la vara requirió, cogió la blusa,  
traspuso el portalón y, ya en el campo,  
principió a caminar, alta la frente,  
las dulces melodías entonando  
que aprendió de su madre...  
¡Melodías euzkeras, tiernos cantos!

Y en el fondo del valle esmeraldino,  
el mudo caserío centenario,  
que tantos hijos vió salir ansiosos  
de nuevos horizontes dilatados  
y los vió retornar cansinos, viejos,  
heridos por la zarpa del fracaso,  
parece despedir al hijo pródigo,  
y sus viejos ventanos  
semejant ojos tristes que contemplan  
cómo sale a la vida el temerario.

Allá, en lejanas tierras,  
sus ojos contemplaron  
ciudades no soñadas,  
personajes extraños;  
y su oído escuchó lenguajes nuevos,  
y oyó distintos cánticos,  
ninguno parecido  
a los que él entonó en el añorado  
idioma de sus padres, rudo y tierno,  
lenguaje milenario...

La tierra que soñó en el caserío  
no era, no, cual sus ansias la pintaron,  
de fácil existencia,  
de sencillo trabajo,  
de fortunas que surgen de la nada,  
de tesoros que vienen a las manos  
como acuden las cándidas palomas  
a morir atraídas por el lazo.

También era espinosa allí la vida  
cual la corona del Crucificado,  
y dura y escabrosa  
cual la abrupta subida del Calvario.

Y supo de miserias,  
y supo de fracasos,  
y quizá en la alta noche meditara,  
cuando todo callaba allá, en el rancho,  
hirviéndole la sangre dentro el pecho.  
un ataque certero contra el amo,

y un robo que en un punto convirtiera  
al paria miserable en rico indiano...

Y, ¡quién sabe si luego,  
cuando el alba dejaba el regio tálamo,  
de sus ojos brotaran puras lágrimas  
por sus muchos pecados,  
por sus malos deseos codiciosos,  
por creerse de Jaungoikua ya apartada...!

¡Cuántas noches pasadas en vigilia;  
cuántas noches de insomnio y de cansancio,  
de añorar a su madre y a su hermana,  
el viejo caserío, el suelo patrio!

Sonaba en sus oídos  
el chistu, el instrumento más amado,  
el de sonos vibrantes,  
el de sonos muy lánguidos  
el de sonos alegres,  
el de sonos de llanto,  
el que lanza en sus notas  
los sueños y las ansias de los vascos.

La Patria le llamaba hacia su seno,  
tendiéndole solícita sus brazos;  
y a la Patria adorada, el que partiera  
feliz y esperanzado,  
robusto, alegre, joven,  
torna ahora, cansino, triste, viejo,  
herido por la zarpa del fracaso.

Ya no canta en la «pieza»,  
ya no baila en la plaza como antaño,  
ya no dice requiebros  
a las mozas que pasan con el cántaro.

Es que ajadas sus ilusiones yacen,  
y es la vida sin sueños triste páramo,  
sin nada que la exalte,  
ni la mueva a entusiasmo,  
sin matices alegres,  
sin albores rosados.

Madruga con el sol en todo tiempo;  
al hombro, disciplente, se echa un saco

donde lleva el condumio para el día,  
y triste, cabizbajo,  
sin musitar palabra,  
sin levantar los párpados,  
camina lentamente hacia la pieza;  
trabaja sin descanso  
y torna al caserío  
cuando el día fenece en el Ocaso,

Así un día tras otro,  
arrastra su existencia el viejo aldeano;  
que lleva el alma herida,  
que lleva el corazón seco y ajado.

Sólo turba de su vivir la calma  
y le hace derramar de cuando en cuando  
amargas lágrimas la idea triste  
de que tarde la Muerte en arrastrarlo.

. . . . .  
. . . . .

Camina lentamente el campesino  
de vuelta del trabajo cotidiano,  
la cabeza caída sobre el pecho,  
apoyándose corvo en su cayado.



# AL TRAVÉS DEL VISILLO

(A don Manuel Zalba)

## I.—PRIMAVERA.

Al través del visillo, Margarita  
atisba la ancha y solitaria calle,  
y espera atentamente oír los pasos  
de aquel rubio estudiante  
que en el baile le habló de amor eterno.  
Transcurren lentas horas, mas en balde:  
no pasa, y se consuela ella exclamando:  
— ¡Claro, está ahora de exámenes...!

## II.—VERANO

Es la tarde; al través de la persiana  
espera al que le habló, febril, de amores,  
y añora con deleite sus requiebros,  
sus ojos, sus facciones.  
Transcurren lentas horas. «él» no pasa;  
mas ella le disculpa:— Quizá torne  
a pasar cuando vuelva por Octubre...  
quizá esté en vacaciones.

## III.—OTOÑO

Descuelga lentamente la persiana,  
mirando cómo pasan bulliciosos  
los grupos de estudiantes que ya han vuelto  
a las aulas. ¡Otoño!  
Mas entre los gentiles hombrecillos  
no pasa aquel tan rubio, el guapo novio,  
y ella dice por no desconsolarse:  
— ¡Todavía es tan pronto...!

## IV.—INVIERNO

El brasero a los pies; tras el visillo  
contempla Margarita tristemente  
la ancha calle, más solitaria que antes,  
cubierta por la nieve.

Ya no espera la vuelta del ingrato.  
que un día prometió adorarla siempre;  
tiene frío en el cuerpo y en el alma...  
¡Quizá de amor se muere!



## ILUSION MUERTA

Musité dos palabras a su oído,  
mis labios con los suyos se juntaron,  
y en la suave explosión del casto beso  
se unieron nuestras almas, se hermanaron.

De sus ojos, más negros que una pena,  
dos lágrimas purísimas brotaron,  
y mis ojos la esencia del cariño  
en su fondo brillante adivinaron.

Murió cual se marchita una azucena,  
y en un nicho de flores la enterraron;  
desde entonces mis ojos están secos...  
¡Que tanto por mi amor roto lloraron!



Deambulo por la tierra, solo, triste;  
mis labios, que sus labios, ¡ay!, besaron,  
sólo besan los pies de un Cristo suyo...  
¡Que al beso de mujer ya se cerraron!

A los hombres no cuento mis pesares;  
que siempre de las penas se burlaron.  
Lo cuento todo a «ella», por la noche,  
cuando voy donde un día la enterraron...

### SOLEDAD

Andaba lentamente y en un banco  
de pátina cubierto se sentaba;  
abría con cariño un viejo libro  
y su triste mirada  
corría por los versos becquerianos;  
esos versos que encierran toda un alma;  
el alma soñadora de Gustavo...  
El alma enamorada.

Muchas veces, los ojos rebosantes,  
por la pura emoción, de tiernas lágrimas,  
la he visto y he pensado: la de Bécquer  
y su alma son hermanas.

No faltaba ni un día, y en mi pecho  
brotó sin yo sentir la llamarada  
del amor, abrasante..., pero nunca  
le dije que la amaba.

Hoy solo y melancólico he pasado  
junto al banco donde ella se sentaba...  
No estaba y he sentido hasta en los huesos...  
el frío de la Parca.

El banco he contemplado, solo y triste:  
mas en su derredor se respiraba  
el hálito ambrosíaco de la rosa  
fragante de su alma.

### RETROSPECTIVA

Al pensar que pudimos ser felices  
viviendo en nuestra casta soledad,



sin contacto con nadie que turbase  
nuestro amor, nuestra paz;  
al pensar en que no me comprendiste,  
aunque quise en mis versos reflejar  
la esencia que dimana de mi espíritu  
como algo divinal;  
ese algo divinal de los poetas,  
ese algo sobrehumano que al vibrar  
las cuerdas de la lira, flota siempre  
sublime, espiritual;  
al pensar que olvidaste al pobre vate,  
al «cursi soñador, bardo vulgar»,  
sabiendo que mi vida destrozabas  
con tanta crueldad,  
mi corazón invade el desaliento,  
y creo que aunque luche cual Titán,  
a la meta radiante de la Gloria  
no llegaré jamás.  
Eras tú mi bandera, eras mi emblema,  
mi norte, mi valor y mi deidad...  
Hoy, sin tí, soy bajel desarbolado  
que presto se hundirá.

### BODA DE CUERPOS

Les ví salir muy tristes de la iglesia,  
y había un algo raro en su mirar,  
cual si hubieran oído al sacerdote  
la sentencia fatal.

Una vieja que estaba contemplándoles  
a mi lado, acercándose a mí más,  
me dijo: se han casado por dinero...  
¡Oh, nunca se amarán!

Llegaron al andén, al tren subieron.  
Dió el jefe, displicente, la señal,  
y el coloso de hierro, entre silbidos,  
ruidos y humo, echó a andar.  
La gente desfiló hacia sus hogares;  
de nuevo reinó allí la soledad,

y oí pitar el tren, allá, a lo lejos,  
de unos montes detrás.

Por la noche, en mi alcoba solitaria,  
las escenas del día al meditar,  
recordé las palabras de la vieja:

¡Oh, nunca se amarán!

En las horas oscuras, misteriosas  
de la noche, sus cuerpos se unirán  
confundiéndose en uno; mas sus almas...

¡No han de unirse jamás!



## AMOR... MANANTIAL DE VENTURA

Mientras hablo me miras extasiada;  
me escuchas con insólita atención,  
y parece que quedas asombrada  
del verbo, forma materializada  
en que envuelvo el sentir del corazón.

¿Es que crees que un ente soy distinto  
de todos los demás? ¿Crees estar  
en presencia de un mago que al hablar  
otea ese recóndito recinto  
—cual si fuesen sus ojos luminar

que todo lo esclarece — y va quitando  
la envoltura tupida donde están  
tus hondos pensamientos dormitando,  
y esa esencia divina y ese afán  
que van todos tus hechos pregonando?

Y que al borrar la pátina que cubre  
esos puros y santos pensamientos,  
la Verdad, blanca, bella, se descubre  
y brota de ese seno cruel de la ubre  
deslumbrando los bajos sentimientos

que tú, por la rutina del obrar,  
ignorabas yacieran en tu seno,  
e ingenua te arrastrabas por el cieno,  
pudiendo con tus alas alcanzar  
la altura donde el Bien fulge sereno?

. . . . .

¿Que en todo igual que yo pensar deseas?  
que quieres hermanar tu alma a la mía  
y a mi lado sentir la poesía,  
prefiriendo mi amor a las preseas  
que a tí, como a una reina, ofrendaría?

¿Que quieres que tu espíritu y el mío  
sientan, amen y piensen al igual,

y que juntos, muy juntos, al vacío  
do flota luminoso el Ideal  
se eleven en viril vuelo bravío?

Desecha de tu pecho los rencores,  
arroja de tu alma la aversión  
que te inspiran los otros pecadores,  
que siempre el más sublime galardón  
es volver por ofensas mil amores.

Juzga la Vida, no como un verdugo  
cuyo látigo muerde nuestra piel  
y a los labios arroja amarga hiel  
en tanto estamos presos en su yugo  
cual los viles esclavos al cordel;

júzgala como tránsito penoso,  
camino lacerante que el mortal  
recorre, — tal Calvario pedregoso —  
y que presto nos lleva al más hermoso  
paraíso florido divina!

Ama todo lo que hizo el Increado.  
Ama todo, y que siempre sea «Amor»  
el lema sacrosanto y elevado,  
el norte que te guíe a lo ignorado,  
a la verdad suprema, al Creador.

Y entonces, arrancadas las pasiones,  
la luz que tú deseas hallarás,  
y con ella en el mundo encontrarás  
brilladora en las manifestaciones  
de Dios, belleza y poesía, y tú serás

la que me ame ardientemente la Natura,  
la que sienta sus fibras revibrar  
al suspiro del viento en la espesura;  
al oír del torrente el murmurar;  
al oír del océano el bramar;

de la flor el aroma el percibir;  
el canto al escuchar de los jilgueros;  
al mirar los matices mañaneros

que el sol pone en los campos al salir  
y en sus destellos lánguidos, postreros.

¡Oh, Poesía, sublime aspiración  
a que tiendo las alas anhelante!  
¡Cómo elevas a Dios mi corazón!  
¡Cómo haces olvidar la atroz  
del mundo con sus vicios vil pasión!

Tú eres la antorcha cuya intensa luz  
me guía hasta la cumbre del Calvario,  
donde, cruel, la lanza de un sicario  
el pecho destrozara al que en la Cruz  
—Madero que es divino relicario —

extendiendo los brazos al morir,  
y al cielo levantando su mirada,  
ofreció redención sublimizada  
y su seno ofrendó a donde acudir  
cuando el alma se siente herida, ajada.

¡Amor, amor, belleza y poesía...!  
Ostenta aqueste lema por pendón,  
y, hermanada tu alma con la mía,  
volarán a la fúlgida región  
donde no asciende nunca la falsía;

donde puras, y sin contaminarse  
con el terrible virus infernal  
que el mundano salpica al revolcarse  
en el cieno, por fin pueden amarse  
con amor grande, santo, divinal.





## CAMPÁNULAS MORADAS

Campánulas moradas, campánulas azules;  
campánulas de armiño, campánulas de grana,  
que en el jardín romántico do flotan los tules  
estais de aquella que amo belleza soberana;

Campánulas... ¡Oh, cálices do libar quisiera  
la esencia del amor que en vosotras deposita  
la mujer cuya beldad envidia Primavera  
un beso al estamparos en que su alma palpita!

Campánulas que al cielo dirigís vuestra oferta,  
¿por qué os abris de noche ofrendando vuestro seno,  
si del cielo os envía la Luna su luz muerta  
que troca en incoloro vuestro matiz ameno?

Mas yo que he contemplado el abrirse en el crepúsculo  
de vuestros suaves pétalos cual labios anhelantes  
de un beso que los cierre tal un clavel minúsculo,  
en tanto se estremecen unos pechos amantes,

Comprendo que en la noche goceis de sus delicias;  
comprendo que anheléis penetrar el gran misterio  
de los sonos nocturnos de besos y caricias  
que son como las notas de mágico salterio.

Comprendo que el arcano que el nocturnal encierra  
descubrirlo querais, cual almas descontentas,  
y las luces desprecieis que el sol manda a la tierra  
que son luces de engaño de almas irredentas.

Palpita en vuestros pétalos algo que en mi alma  
también bulle y la mueve con fuerza irresistible

a adentrarse en el fondo de la noche, do en calma  
la suprema belleza se encuentra inmarcesible.

Campánulas moradas, campánulas azules;  
campánulas de armiño, campánulas de grana,  
¡en el jardín os saludo en el que flotan los tules  
de la mujer que adoro, belleza soberana!





## ANSIAS DEL POETA

Quisiera que mis versos, las flores más lozanas  
que brotan en el verde vergel de mis ensueños  
tuvieran los perfumes que en las frescas mañanas  
del belló abril se esparcen en los prados risueños.

Quisiera que mi lira, que es mi único tesoro,  
tañese los acordes más puros y más célicos  
y que el dulce vibrar de sus finas cuerdas de oro  
expandiera sus sonos cual himnos arcangélicos.

Y que cristalizase la esencia del cariño  
que mi pecho rebosa, cual taza de una fuente,  
en mis trovas, preñadas de ilusiones de niño  
que brotan al contacto de mi boca y tu frente.

Entonces tú, que dudas, quedarás convencida  
de lo grande y divino del amor que yo siento...  
Y entonces, ¡oh, quién sabe si al conjuro rendida,  
las ansias colmarías de mi pecho sediento...!





**TRABAJOS EN PROSA**





## LA CANCIÓN DEL MARTILLO

---

(*Cuento fantástico*)

Era un jueves por la noche. Durante el día había estado estudiando las lecciones para el siguiente. Hallábame rendido en toda la extensión de la palabra. Además, no cesaba de dar vueltas a mi cabeza y de llamar en mi auxilio a las Musas para que me inspiraran la manera de desarrollar el ejercicio de composición que para el viernes habíamos de resolver. Estaba desesperado.

Tenia que elegir: o la descripción de una fábrica o la «Canción del Martillo». El primer tema no podía resolverlo bien, pues no había visto con detenimiento ninguna fábrica. El segundo se me hacía difícil en extremo.

Decidí acostarme, pensando que la almohada, buena consejera y musa por añadidura, me inspiraría.

Apenas acostado me había, cuando quedé profundamente dormido... y empecé a soñar... con la dichosa «Canción del Martillo»... Iba yo

a la Normal, con mis libros bajo el brazo, y meditando la excusa que podía dar al profesor, en el caso en que me mandara leer el trabajo. Si faltaba a clase me pondría la consiguiente falta de asistencia. Si asistía y «me llamaba», era más que seguro que en su cuaderno de notas un hermoso cero con un puntito en medio, adornaría mi nombre...

Así discurrendo, subí por la calle de la Curia, atravesé la plazuela del Instituto y la de San José. En la puerta contigua a la de la Escuela había un grupo de estudiantes compañeros míos; ni siquiera les dije adiós; ¡tan abstraído estaba en mis pensamientos!

Pero, héte aquí, que, al atravesar la calleja que conduce desde la verja hasta la entrada de la Normal, ví que una losa del pavimento se levantaba como movida por un resorte. Inmediatamente, entre nubes de denso humo, surgió de aquella trampa un hombre de dimensiones colosales.

Yo, asustado, dí un paso hacia atrás; pero el gigante me dijo con la voz más dulce que pudo sacar, y que a mis oídos les pareció un trueno:

—No te asustes, muchacho. Yo sé lo que te pasa y quiero salvarte del apuro en que te ves. Sígueme.

—Gracias,—le respondí --pero no tengo tiempo disponible. Son las nueve y debo de entrar a clase de Pedagogía. Además,—añadí —no tengo el gusto de conocerle, es la primera vez que le veo...

—Tienes razón. Habré de presentarme yo mismo. No tengo nombre; soy un hijo del Fuego y estoy al servicio del viejo herrero Vulcano. Ahora, si quieres venir, verás su fragua y las cosas que en ella se han hecho... y, lo más importante: oirás la «Canción del Martillo». Esto se hace en un momento...

Accedí a las insinuaciones de tan singular personaje, no sin reflexionar antes, porque, ¡caray!, me amedrentaba la idea de no volver a la superficie de la tierra. ¡Y con la novia tan bonita que entonces tenía!

Inmediatamente de meternos por aquella puerta, oí pasos en la calleja: era el señor X..., y detrás de él venían dos señoritas estudiantes. Sin dar tiempo a que nos vieran, la trampa volvió a su primitiva posición, y de no haber tenido precaución, a fé, que me habría dolido el golpe que al caer me hubiera dado la losa en la cabeza.

Descendimos por una galería fría y húmeda.

Mi guía debía estar muy acostumbrado a transitar por aquel ándito misterioso, porque daba los pasos enormes y descuidados; en cambio yo iba con más miedo que alma, esperando a cada instante hacerme los sesos pepitoria con algún guijarro saliente o hundirme en el abismo. Sin embargo, estos temores se desvanecieron al ver brillar la luz en el estrecho pasadizo.

A nuestro paso, las lagartijas, asustadas, metíanse en sus cuevas.

Caminamos unos cuantos metros más y, al

volver de un recodo, encontreme con un espectáculo imposible de describir con fidelidad y perfección. Delante de mi vista había un antro de altas bóvedas formadas por rocas de cuyos intersticios salían colas de verdes serpientes, a las cuales, el resplandor de una fragua daba el aspecto de trenzas de esmeraldas.

Adornando el techo pendían enormes cadenas, idénticas a las que Plutón tenía en su infernal reino. Al fondo, en una fragua colosal, se elevaba una columna de llamas, capaz de iluminar todo un Londres y que hacía cerrar los ojos como, cuando de frente, se mira al sol. Las rocas, iluminadas por aquel fulgor, parecían grandes masas de hierro candente. Me hacía la ilusión de que estaba en el infierno.

Sudando la gota gorda, como vulgarmente se dice, quíteme la mayor parte de mi ropa, no sin antes tomar el cuaderno de notas y el lapicero. En esto me hallaba, cuando ví acercarse un hombre aún más alto que mi guía. Era un bronceado coloso, en toda la extensión de la palabra. Toda su figura recordaba a aquel que hizo las armas para Eneas. Disimulaba bastante bien su famosa cojera, producida por la caída que tuvo cuando Zeus le arrojó desde el Olimpo hasta Lemnos por defender a Hera, su madre.

En efecto, mi guía me lo presentó con el nombre de Efaistos (Vulcano). Saludome cortesmente y me dijo que estaba arreglando la espada de Eneas y que podía escuchar lo que decía el martillo al golpear el arma.



Acto seguido, acercóse a la fragua y, comprendiendo que el hierro estaba bastante candente, lo sacó para llevarlo al yunque. Mi guía tomó el martillo, y comenzaron ambos a trabajar, golpeando este la espada, conforme a las instrucciones de Vulcano. El martillo cayó sobre el arma y le arrancó un sonido vibrante.

Escuché, pero el martillo no me decía nada. ¡Y es que no estamos acostumbrados sino a ver lo material de las cosas, sin penetrar en su alma, y no sabemos interpretar sus idiomas!

Pero conforme iban sucediéndose los golpes, que resonaban en los ámbitos del taller, empecé a entender su canto. Evocó en mi mente aquellas hazañas cantadas por Homero y más tarde por Virgilio... Allí estaba la espada con la cual combatió Eneas en la guerra de Troya...

Luego cambió de tema; habló del tesón con que se debe trabajar.

«Un golpe mío—decía—no representa nada; pero si a este golpe van sucediéndose otro y otro, termino por cumplir fielmente lo que el brazo me manda, movido éste, a su vez, por la voluntad del hombre».

Y al final de la estrofa añadía:

Dale, dale al martillo sin cesar,  
pam, pim, pam, pim, pam, pim,  
que en dicha tu tesón se ha de trocar.

«A fuerza de golpes y con ayuda del fuego que hablaba el hierro, he servido de instrumento para hacer las más grandes cosas. Apesar de mi sencilla construcción, el hombre que

pasa la semana trabajando en su fragua, termina su trabajo y con el producto de este, tiene para llevar a su familia pan y alegría».

Dale, dale al martillo sin cesar,  
que en dicha tu tesón se ha de trocar.

«Todas las maravillas de la Industria, de las cuales os servís para vuestra vida, han pasado por mi imperio, que es el yunque. El y yo somos fieles aliados; sin él, todos mis golpes serían falsos y no producirían los debidos efectos. Fíjate bien; la espada que antes has visto roja por el fuego, llena de hoscas, ha ido volviendo a su perfecto estado, mediante el trabajo, y ya está como nueva».

Dale, dale al martillo sin cesar,  
que en dicha tu tesón se ha de trocar.

Vulcano quitó la espada del yunque y volviéndose hacia mí, me dijo:

—He aquí este arma que hace unos momentos todos hubiéramos tirado y que ahora está desconocida. ¿Has tomado notas de lo que te decía el martillo?

--Muy pocas—repuse.--Decía tantas y tan verdaderas, que es imposible transcribirlas todas al papel. Juzga vos mismo—dejé dándole el cuaderno.

--Pocas son, en efecto, y con esto no basta. Pero apunta esta que voy a decirte: la obra del martillo es la imagen más fiel de la vida toda de un hombre y en general de la Humanidad. En mis tiempos, muchas de las cosas que hoy

tenéis por corrientes se desconocían por completo; pero la labor de un año y otro, de un siglo y otro siglo, ha ido acumulando adelantos, gracias al esfuerzo incansable de la Humanidad».

Casi no había terminado de darme esta última nota, cuando sacáronme de mi sueño, sin permitir que me despidiera del simpático Vulcano y le diera las gracias por su atención.

Apresuradamente me vestí.

Aún resonaba en mi oído la «Canción del Martillo» pero ya no era sueño, era realidad. Cantaba el martillo del herrero que tiene el taller cerca de mi casa... y ¡rara coincidencia!, repetía la misma canción que el de Vulcano, y terminaba sus estrofas diciendo:

Dale, dale al martillo sin cesar,  
pam, pim, pam, pim, pam, pim,  
que en dicha tu lesón se ha de trocar.







# JOXEPATXU

---

(*Cuento vasco*)

## I

### AMANECE EL MUNDO

Amanece. En oriente, las cortinas de Apolo, festoneadas de celajes refulgentes, se abren para dejar paso y rendir homenaje al astro del día, que parece sonreír, orgulloso de su hermosura ígnea, ante la expectación con que el mundo, y, sobre todo, los seres sencillos, esperan su majestuosa venida radiante, para comenzar de nuevo sus cotidianas tareas en el sembrado, lleno de promesas, o en el bosque, cargado de misteriosos rumores y suaves perfumes; tareas que acompañan las lánguidas cadencias de sus «zortzikos» y «cantas», el chirrido de la carreta tosca y el perezoso paso de las yuntas, ajustado al tranquilo compás de sus canciones, preñadas de tristezas y alegrías, amores y desvíos, esperanzas y celos; canciones, en fin, en que cada verso desgrana un sentimiento íntimo de sencilla franqueza.

El dulero, con su sonora cornetilla, llama, impaciente, al ganado del pueblo; y burros y cabras abandonan los establos y, desembocando por las distintas callejuelas mal empedradas, siguen, ciegos, al dulero, que continúa tocando y dirigiendo sus pasos al monte. Poco después el sonido de la cornetilla va debilitándose, debilitándose, hasta que sus ecos se pierden en las peñas y oquedades de la vecina sierra.

Las carretas, tiradas por vacas de color de arcilla sucia, salen del pueblo atravesando caminos tortuosos, intransitables para el extranjero en estos países, surcados de cantarines arroyuelos diamantinos, y suben después por cuestas inverosímiles que huellan implacables las estrechas y macizas ruedas....

De cuando en cuando, se escucha el *¡aida ari...!*, que repiten con asombrosa claridad los macizos graníticos que rodean la aldea.

El ambiente es puro, tranquilo, con efluvios de romero y tomillo, que se extienden por el verde valle; y ruidos, chirridos de carretas; aullidos de nerviosos mastines; el chasquido de los cascos al chocar con los guijarros; los gritos de los montañeses; el canto mañanero de los pájaros en los hayedos y robledales y en los linderos de las huertas, y el alegre tintineo de las esquilillas, forman un conjunto armonioso, sublime, que se eleva, se eleva, en medio de los esplendores con que Natura se viste, como un glorioso himno de amor y alabanza al Todopoderoso.

## II

### AMANECE UN ALMA

¿Qué tendría la pobre Joxepatxu esta noche pasada; qué tendría...? No ha dormido nada; sus párpados, aquellos párpados oscuros, no se han cerrado ni un momento al peso del sueño, durante las angustiosas horas de la noche, llena de misterios temerosos; preñada de rumores que no se oyen y de luces extrañas que no se ven....

¿Qué tendría Joxepatxu, qué tendría?

Ella ha oído el aullido terrible del lobo en el bosque; el silbido siniestro del viento; el murmullo del torrente; y estos múltiples ruidos con que la noche se revistió para amedrentar a las almas sencillas vascas, que creen escuchar en lo obscuro de la alcoba, y aun en su misma cabecera, la cavernosa voz del Basa-Jaun, el genio de las leyendas vascas, esas leyendas repetidas de generación en generación, al amor del fuego, desde los tiempos en que Aitor existió....

Joxepatxu está triste, pálida; Joxepatxu ya no canta, sentada en el poyo de la puerta, como cuando perdidos sus ojos en la profunda perspectiva melancólica del valle, soñaba despierta; como cuando, al atardecer, contemplaba con deleite extático los rebaños que descendían del alto monte, entre los gritos de los pastorcillos y el alegre tintineo de las esquíllas y el balido de los recentales....

Ya no canta como cuando, sobre la cunita del hermano pequeño, acariciaba y adormecía al chiquitín, cantando el *lo-lo* cadente, amoroso, que a ella también le adormecía y le hacía pensar en otro pequeñuelo que no fuese su hermano, que fuera su hijo....

¿Qué tendría Joxepatxu, qué tendría...?

. . . . .  
. . . . .

Mucho antes de que saliese el sol, ella se ha levantado; y, después de asearse, ha salido a la ventana que da a la carretera. Su rostro estaba pálido, y sus ojos rodeados de un halo morado, señal del insomnio de la pasada noche; en sus movimientos había algo de nostalgia de los pasados tiempos y de temores del porvenir.

### III

#### IDILIO

Un mes antes, el sol ilumina esplendoroso un idilio.

— ¡Joxepatxu, Joxepatxu....! yo tenía que decirte una cosa..... una cosa muy grande, que no me «coge» en el cuerpo, que no me deja comer ni dormir, ni resollar ni nada.... Yo, la verdad, no me atrevía a decírtelo, pero, pero... ¡Bueno! yo no me sé explicar; yo... te quiero mucho, como.... ¿Ves tú lo que quiero a la mejor vaca? Pues más, mucho más te quiero a tí, ¿sabes?, y quisiera casarme contigo, pero muy



pronto, ¿sabes...?, apenas vuelva del servicio.  
¿Qué me respondes?

Ocúltase el sol tras una nubecilla para velar un tanto el rubor de Joxepatxu.

Joxepatxu quiere a Joxe-Mari; siempre le ha querido; esperaba su declaración, llena de rodeos al principio, con frases sin terminar, y, después, la confesión franca, brusca y sin circunloquios. Pero su timidez virginal se rebela, y se asoma a sus mejillas, inmaculadas aún por el profano beso....

El la mira embelesado, con expresión de éxtasis que raya en idiotez; ella mete sus manecitas en los bolsillos del delantal, y baja los ojos al suelo, como buscando una frase que no encuentra.

Una vieja, con nostálgica mirada, llena de recuerdos de antaño, mira sonriente el sencillo cuadro.

El sol vuelve a lucir.

—¿Y qué quieres que te conteste?—dice al fin Joxepatxu.

Joxe-Mari vacila; sin embargo, la pregunta es clara, concisa, terminante....

—Pues... pues ¿qué voy a querer? Pues, pues... ¡que sí!

Y lanza un suspiro capaz de poner en movimiento todo el follaje del bosque.

—Bueno, entonces.... ¡sí...! Pero, mira, separémonos, que nos están mirando, y después todos son chismes y cuentos.

Es la única frase que encuentra para terminar la situación dulce pero violenta.

— ¡Adiós, Joxepatxu! ¿Me quieres mucho?  
Y ella contesta con una sonrisa, pensando en la timidez de Joxe-Mari al principio y su atrevimiento al final; porque, ¡cuidado que es atrevimiento...! ¡Qué dirá el señor cura!

#### IV

¡AGUR, NERE MAITIA!

Durante la noche, Joxe-Mari ha forjado en la fragua de su mente mil discursos para despedirse de Joxepatxu; y otras tantas veces los ha corregido, enmendado, deshecho y vuelto a hacerlos. Por fin ha guardado en su memoria uno que le ha parecido bueno; pero ahora, en el momento supremo de la tierna despedida, quizá para los tres años del servicio, las palabras y frases se evaporan de su cerebro y se esfuman en el cielo de su tristeza.

Joxe-Mari se acerca a su novia, cabizbajo, apesadumbrado, balbuciendo algunas palabras ininteligibles por lo silenciosas que salen de su boca.

— Joxepatxu, Joxepatxu: tú no sabes la tristeza que me da el dejarte; pero tengo que marcharme aunque no quiera; mañana tengo que ir al cuartel.... No tengas pena; total son tres años; además vendré por la «Sanmiguelada...»  
¡Adios, Joxepatxu!

Calla; él, en su imaginación, habíase figurado una despedida más tierna, más apasionada; él hubiera querido, y quería, darle un beso, un

beso castísimo, lleno de amor puro, en el que le habría dejado su amor, su corazón, su vida; pero la realidad se imponía distinta de como él había soñado. Imaginó una despedida melodramática, y éralo vulgar.... Y la tenía delante, y no se atrevía a tomar su mano...

Ella también pensó otra cosa; pero se contenta; y, al cabo de mil temores pudorosos, le tiende su mano, que él coge entre las suyas y la estruja amorosamente, brutalmente.

Las lágrimas brotan de sus ojos, que no aciertan a desviar la mirada y que, sin embargo, miran con miedo casto.

Entonces él, haciendo un esfuerzo de voluntad, suelta su presa amada y exclama balbuciente:

— ¡Agur, Joxepatxu!

Y ella responde:

— ¡Agur, nere maitia...!

Joxepatxu le mira marcharse, silenciosa, abandonadamente; compara, con egoísmo natural, los tiempos, y por primera vez se siente sola en el mundo.... Y él se vuelve de cuando en cuando, preservando sus ojos de los rayos del sol con la boina, y dice adios con la blusa negra que lleva en una mano, y continúa su marcha hacia Echarri-Aranaz...

¡Ah! La vida juntó estos amantes corazones sencillos con el amor; la vida los separa con sus deberes... ¿Volverá la vida a reunirlos? ¡Oh! y si los reune, ¿los juntará como antes?







## RECUERDO DE MI VIEJA NAVARRA

---

*(A Vicente M. de Ubago)*

Fué en Septiembre. Mi alma juvenil, de diecisiete años, volaba en aquel tiempo en que todavía el desengaño no había herido las alas de mi romanticismo, y no le había obligado a caer de bruces sobre la realidad. Mi alma volaba, y en su vuelo divisaba horizontes azules con celajes de rosa que le animaban con un «adelante» triunfal, de plenitud de vida. Mi alma soñaba, y eran sus sueños quiméricas visiones de una vida dulce, plena de suaves y perennes delicias.

Me hallaba yo hospedado en una humilde casa de un pueblecito de la Barranca de Navarra. Junto a la ventana de mi cuarto había situado mi mesa de trabajo, o de meditación, pues para las dos cosas la empleaba; y contemplando con mirada anhelante el lienzo azul del cielo, y los montes de un verdor exuberante, trazaba mis primeros versos; vertía, deleitado las primeras aspiraciones del espíritu a elevarse sobre los demás.

— ¡Zú, Vishente!

Oí abajo, en la calle. Me asomé a la ventana y ví a Panchi.

—¿Tú al monte subir ya quieres?—añadió en su castellano pintoresco. Y apoyándose en la «pertica», delante de la carreta de bueyes, me miró con sus hermosos ojos azules, medio cerrado el uno por el reflejo del sol, lo que le daba un gesto de inocente picardía.

—Espera, voy.

Guardé mis cuartillas, cogí la boina y bajé hasta donde Panchi me esperaba. Sonriose complacida, al verme, mostrándome su doble hilera de nacar, y me invitó a subir a la carreta.

Colocose ella a mi lado, y, al paso tardo, perezoso, de las vacas que tiraban el primitivo carruaje, nos pusimos en marcha.

¿De qué hablamos? Ni sabré responder fijamente. Sólo recuerdo que ella me hablaba en castellano vasco y yo en vascuence español. Queríamos decirnos muchas cosas y la dificultad del lenguaje nos lo impedía. Panchi, cuando crecía su entusiasmo, pronunciaba un discurso en euzkera, quedándome yo sin entender una palabra, y trocábanse los papeles cuando me exaltaba yo. Pero nos entendimos. Nuestras almas saltaron la barrera del medio de comunicación material y, juntas, muy juntas, se elevaron y se hermanaron, confesándose su amor, su primer amor...

—Déjame la pértiga.—Dije yo dándome aires de buen boyero; y aguijoneando a las rojas vacas que pacientemente nos llevaban, lancé al aire un «¡Aida... ari...!», que resonó en todo

el bosque, por cuyas cuestas inverosímiles ascendíamos. Pero inmediatamente tuve que dejar en manos de Panchi la dirección del carruaje, pues a no ser por el claro instinto de las bestias, que conocieron el peligro, habríamos rodado al abismo.

Cuando llegamos al sitio designado por su padre, nos detuvimos, cargamos la leña en la carreta y emprendimos el regreso a pié.

Obscurecía lentamente. Las sombras de los arbustos y de los árboles, se alargaban como en un gesto de epilepsia, y la campiña salvaje se revestía de su majestad nocturna. Los ruidos fueror apagándose poco a poco, quedando en ese murmullo de batir leve de alas y suspiros de sílfides, que hace más misteriosa a la Naturaleza.

Enlazadas las manos, cantando un aire vasco, entramos en el pueblo, donde la «dula» acababa de hacer su irrupción desplegándose cada animal en dirección a su cuadra.

—¿Hasta mañana, Panchi?

—Hasta mañana.

Aun tardaron nuestras miradas en desengañarse, como si les doliera aquella separación.

## II

—Panchi: me voy esta tarde.

—¿Te vas...?

—Sí,

No pudimos continuar. La congoja anudó

nuestras gargantas, impidiéndonos hablar. Al cabo de un rato :

—¿Por qué te vas, pues?—me interrogó.

—Porque tengo que estar mañana en Pamplona.

—Pues, ¿qué hay en «Plampona»?

—Nada, que empieza el curso y hay que estudiar y acudir a clase.

—No vayas, ¿eh, Vishente?—insinuó con lágrimas en los ojos.

—¡Qué más quisiera yo, sino quedarme aquí, a tu lado...!

—Te vas... ¡no me quieres!—dedujo ella.

—¡Panchi! ¿Que no te quiero? Te quiero mucho y por eso me da más pena marcharme.

—¡No vayas, Vishente! ¡No vayas..., voy llorar!

—No llores, nenica. ¿Ves? yo no lloro.—Mentí para animarla.

La atraje hacia mí y deposité un beso casto y suave en su frente.

—Ya volveré a verte.

—No volverás, no; ya sé yo.

—Sí volveré, y te escribiré a menudo.

—¿Escribir? No, no sé leer. A la maestra tendría de dar la carta y sabrá antes que yo qué me dices.

Nos separamos. Por la tarde no pudo, aunque quería acompañarme, porque fué con su padre a «hacer halechos».

. . . . .  
Volví después de dos años. En el camino que separa el pueblo de la estación, recordé las



escenas vividas en aquellos lugares. Ahora el pueblo parecía más triste. La lluvia del otoño daba al valle un tinte verde oscuro. Al acercarme al pueblo, oí doblar a muerto. Un frío intenso me recorrió la columna vertebral. Presintiendo algo trágico que destrozara mi alma, me paré en un altozano, desde el cual se divisaba el pueblo a doscientos metros.

Estaba indeciso.

Por fin, me acerqué al pueblo. Ví un grupo de muchachos y fuí a interrogarles. Quería saber toda la verdad, por dura que fuese.

No doblaban por ella, sino por un anciano; pero para mí fué igual: supe que en la primavera había ingresado novicia en un convento.

¡Sentí que algo muy frío caía sobre mí y me inmovilizaba! ¡Rotas mis ilusiones, me consideré sólo, derrotado!

Emprendí el regreso enseguida.

De cuando en cuando, volvía la cabeza y me parecía escuchar a Panchi, que me decía:

— ¡No vayas, Vishente..., voy llorar!

Bilbao, Octubre de 1922.







## EL APARECIDO

---

*(Cuento de Animas)*

La Nicasia, la buena Nicasia, creía firmemente en fantasmas, duendes, brujas, trasgos y demás entes fantásticos; pero, sobre todo en los aparecidos. Esto era su pesadilla; esto era lo que le había inquietado toda su vida, desde que allá, en su pueblo, cuando pequeña, escuchaba maravillada los cuentos macabros de las viejas apergaminadas.

Era un alma sencilla, demasiado sencilla quizá, a quien se asustaba tan sólo con hacerle ver una luz oscilante en la obscuridad. Si hubiera estado en Estados Unidos, y, claro está, con bastante menos miedo del que poseía, se habría dedicado al espiritismo.

Dadas estas aclaraciones psicológicas, veamos lo que le aconteció en la noche de Difuntos.

La mencionada noche tardaba más que nunca en fregar, recoger los cacharros y limpiar la cocina. Eran las once y media y todavía continuaba «arenando» el suelo, con calma, con mucha calma y miedo; mirando, con las pupilas

espantadas, ya a la puerta, ya a la chimenea, como si esperase la visita de algún ultratumbano.

La señora de la casa habíale mandado varias veces a la cama, no porque le interesara el sueño de la buena Nicasia, sino porque le molestaba la luz del laboratorio cocinero, y «corria» el contador eléctrico.

Sin embargo, la Nicasia permanecía en sus dominios. En el silencio que le rodeaba, su nerviosidad iba en aumento, y prueba de ello es que, de cuando en cuando, interrumpía su labor para escuchar los medrosos rumores nocturnos. Le martirizaba la idea de acostarse y... ¡apagar la luz! ¡Oh, qué horror, la luz apagada...!

— ¡Nicasia! ¿Aun está usted levantada? Váyase a la cama.

Ante tal insistencia, la criada dejó sus bártulos. Con paso menudito y tembloroso, salió al pasillo y encendió la luz; volvió a la cocina y la dejó a oscuras... ¡Ajajá! Después entró en su cuarto, lo iluminó y tornó al pasillo para apagar. ¡Ya estaba! Menos mal que había llegado sin contratiempo. Cerró la puerta de su cuarto sin ruido, y al parecer bien; pero no se fijó en que una saya que colgaba detrás de la puerta, quedó presa entre el pestillo, impiendo que este entrara bien en el soporte.

Masculló precipitadamente sus oraciones; apagó y se acostó, cubriéndose hasta la cabeza. Pero el miedo le hacía sudar, y tuvo que asomarla.

Afuera, el viento silbaba siniestramente,— como se dice en los folletines—. La lluvia requeteaba insistentemente en los cristales, y al caer en la calle, a la luz de los faroles, semejaba saltar juguetón de diamantes.

De vez en cuando aullaba un perro a lo lejos, tristemente.

La Nicasia no podía dormir, por más que invocaba a todos los santos. Como aquella noche era la fiesta de ellos, sin duda, no podían ayudarle; y el simpático Morfeo, años ha que pasó a la historia.

De pronto, la ventana del pasillo se abrió con ruido macabro. La lluvia penetró triunfante, llenando de terror a la infeliz, que escuchaba anhelante el fragor de los elementos.

Después, el pestillo de la puerta de su cuarto hizo un medroso «tac»; gimieron aterradores los goznes sordamente, calladamente, como el lamento débil de un alma en pena... La Nicasia oyó cómo alguien penetraba cauteloso, pisando lo menos posible, y se sentaba en la silla donde ella dejaba su ropa.

Su respiración se hizo entrecortada; la cabeza le zumbaba con un «bam, bum» rítmico y acompasado a los latidos de su corazón.

Presa de la mayor angustia, y haciendo un esfuerzo casi inconsciente, se incorporó en el lecho, miró a la silla, y lanzó un grito de terror.

¡Dos ojos inmóviles y fosforescentes la miraban, destacándose en el fondo obscuro, obsesionantes! ¡Oh! ¡Así, así había ella oído decir que eran los de los aparecidos condenados!

Al grito, acudió la señora precipitadamente, a medio vestir. El aparecido subió a la cama.

— ¡Qué pasa, qué sucede?— Preguntó desde la puerta.

— ¡Ay, Dios mío, un aparecido! ¡Me mira, me mira..., se acerca...! ¡Ay!

Cayó desmayada.

La señora, poco miedosa en estas cuestiones, penetró en el cuarto y dió la luz en el momento en que un gracioso morrongo bajaba de la cama, aunque algo perplejo por los gritos de la Nicasia, para acariciar a su ama.

El minino, que gustaba del calor de la ropa... ¡Ese era el aparecido!

. . . . .  
. . . . .

Pasaron años; la cabeza de la Nicasia cubriose de hilos de plata; pero nunca creyó que el «aparecido» fuera Chilín, el gatito negro de su señora. y siguió creyendo, cada vez más ciega, en la aparición de los difuntos en la noche de Animas.





## BIDREA Y PELOPS

---

*(Leyenda griega)*

*(Para mi querido amigo Leo-  
cadio León, con un abrazo).*

Caía ya la tarde dulcemente; el día, al sumirse en el abismo de la noche, dejaba en pos de sí una neblina que agrisaba la campiña y llenaba los valles floridos de la poética Grecia. Las sombras invadían las calles de Delfos, y los diamantes nocturnos comenzaban a titilar en el firmamento. Apagábanse poco a poco los ruidos y las voces, y todo parecía hundirse en un letargo de voluptuoso abandono.

Por la desierta calle, arrimándose a los muros, y volviendo de cuando en cuando la vista atrás como si temiera que la persiguiesen, atravesó una dama que, por la riqueza de su túnica debía pertenecer a la clase elevada, y desembocó en una plaza, solitaria a la sazón. Detúvose a la entrada de un magnífico templo, cuyo pórtico, hecho de ricos mármoles de Paros, veíase detrás de ocho esbeltas columnas dóricas. En el frontón, los artistas habían esculpido magistralmente la gloriosa escolta de Apolo; Diana, las Musas, el Carro de Sol y Latona.

La dama penetró resueltamente en el Oráculo

Si maravillosos eran el pórtico y la fachada, no menos lo era la estancia donde se hallaba la Pitonisa: los muros estaban decorados de bajo-relieves que representaban escenas mitológicas; y formando graciosas guirnaldas, pendían de las paredes, grandes ramos de laurel, enlazados a otros que humedecían su parte baja en vasos sagrados llenos de la milagrosa «agua lustral».

Las estatuas de Apolo, dios que protegía el Oráculo, y de Júpiter, padre de los olímpicos dioses, a los lados del santuario a cuyo alrededor jugaban las Horas, ostentábanse en lo que pudiéramos llamar altar mayor. Ante el altar estaba el trípode cubierto con la piel de la serpiente Pythón, que daba el poder mágico a la Pitonisa.

Cuando entró Hidrea, ( así se llamaba la dama) la Pitonisa púsose en pié y la preguntó:

—¿Qué quieres, hermosa dama?

—Por Júpiter, que vela nuestras acciones, te imploro evoques la sombra de Pelops, mi amado.

—¿Qué es lo que dices? ¿No sabes que no puedo hacer eso?... Unicamente me está permitido predecirte el porvenir.

—¿Y si yo te presentase la señal que Eneas hizo con su espada a toda mi estirpe, por mandato de Júpiter, de quien desciendo?

Esto diciendo, y apartando sus crenchas negras, mostró a la Pitonisa un circulito casi imperceptible hecho en su frente.

La adivina quiso convencerse, y, sacando de un estuche una serpiente negra y pequeña,



la aproximó al rostro de la descendiente del Olimpo; y, viendo que el reptil retiraba su envenenada lengua de la divina marca, dijo:

—Está bien.

Y echó incienso en el trípode, abriendo después la puerta de la cripta, de donde había de salir la sombra del evocado. Inmediatamente pronunció unas palabras, y un hálito de divino perfume penetró en la estancia. Al cabo de unos momentos subió otra oleada de olor a azufre; apareció la sombra de Pelops, amante de Hidrea, y dijo:

—¿Qué deseas de mí, hermosa y divina Hidrea, que por unos instantes me libras de la cólera de Plutón, en cuyo seno me encuentro por suicida?

—¡Pelops de mi alma! ¡Otra vez te veo! Pero ¡oh, Destino! no eres ya para mí... ¿Por qué te diste muerte, amado mío?

—Gran sacrificio me impongo;—respondió—pero basta que lo quieras, para que hable.

Y continuó:

—Cuando apenas contaba diez y ocho años, me enamoré de una hermosa ateniense, llamada Siciena. Era huérfana y vivía cerca del Gimnasio. En su frente ostentábase el sello de Júpiter. De aquellos amores nació una niña que se llamó Hidrea y su madre murió al darla a luz.

«Pasaron los años, y mi corazón, endurecido por los vicios en que yo vivía encenagado, nunca sintió compasión hacia la hija que abandoné y que llevaba mi sangre».

«Después de mucho tiempo, cerca de veinte años, del nacimiento de mi hija, conocí a la mujer más hermosa que humanos ojos han visto. Me enamoré de ella, y aunque en un principio deseé hacerla mi amante, después pensé casarme con ella. Comprendí que una mirada de la mujer a quien verdaderamente amamos nos hace más felices que podemos serlo con todos los placeres mundanos. Llamábase Hidrea. No hace muchas noches, en un momento de paroxismo de amor, al darle un beso (¡el primero!) en su frente de cera, no sé lo que por mí pasó... ¡era mi hija! ¡La hija que abandoné! ¡Llevaba en la frente el sello de Júpiter, y ella era la única descendiente de éste! ¡Esa mujer eras tú; ibas a ser mi esposa ¡y eras mi hija!!»

Aterrado, huí como si los espíritus del mal se hubieran apoderado de mí, y me hundí el puñal en el corazón».

Hidrea ya no oía; habíase desvanecido. Cuando volvió en sí, la sombra de Pelops había desaparecido por la cripta.

En aquel momento surgió del trípode una columna fina de fuego, que iluminó la estancia con fantástico fulgor; la piel de la serpiente Python animóse dando un extraño silbido, e Hidrea cayó muerta al frío pavimento de losas...

Y cuenta la leyenda que dos Sílfides recogieron su cuerpo y lo transportaron por los espacios sin límites...





# IDEALIDAD

---

(Cuento)

(A la Sta. Blanca Nagore)

## DEDICATORIA

Todo artista, al ejecutar una obra, graba sin él intentarlo, o a veces conscientemente, ciertos rasgos o caracteres imborrables que dan color, desprendidos de su alma, como si de una diadema arrancara las irisaciones más bellas de sus piedras, y las transportara, en el arrebatado divino de la inspiración, al lienzo, al barro, al papel.

Este es, si alguno tiene, el único mérito de mi cuento; y, aunque la realidad de él no corresponda exactamente a la mía, en mi vida interior,—más bella y luminosa que la externa—bien sea por mi estado psicológico en determinado momento, o bien sea debido a otras causas que desconozco, ha sucedido,—¿qué duda cabe?—idealmente, algo, lo menos tangible y material, claro está, de lo que en mi leyenda refiero.

Y siendo, como has sido tú, la inspiradora de este episodio de mi vida ideal y abstracta, es natural que al cobrar aquél una forma sensible y al envolverse con las incoloras y pobres

galas de mi arte, te dedique este cuento, no pretendiendo de tí más, sino que lo leas con un poco de cariño, y lo guardes, después, en ese estuche de fina madera, lleno de ingenuos arcanos, donde todas las mujeres guardais vuestros caprichos de un día, vuestros recuerdos preferidos y alguna pasioncita de amor, cristalizada en los elegantes y varoniles trazos de una carta ligeramente aromosa...

Léelo, pues, y quedará muy reconocido

VICENTE.

## IDEALIDAD

### I

No faltaba nunca, haciendo buen tiempo, a su banco acostumbrado. Todos los días, de doce a una y media, después de tomar en sus marfileñas y nervudas manos un libro cualquiera de poesías, iba al paseo de los Olmos, sentábase de espaldas al sol, y dejaba correr sus ojos por sobre los versos, y volar su imaginación compenetrada con la del poeta. Nadie le interrumpía en sus largos viajes al país de los ensueños... A veces, levantaba su cabeza de artista y, cerrando, apasionado, los ojos, aspiraba con toda la fuerza de sus pulmones, deleitadamente, el aire saturado de suaves aromas campestres, que le transportaban, en los recuerdos que le traían, a días más venturosos, lejanos para otros, para él casi presentes...

En aquel mismo banco, muy juntas sus ca-

ras, habían leído al unísono las rimas becquerianas, y habían sentido palpar sus corazones juveniles al contacto espiritual con el gran romántico.

Una mañana—nubosa, triste de otoño—despidiéronse hasta el siguiente día... Pero ese día no llegó... La Muerte tuvo celos del poeta y penetró su frío fatídico en el cuerpo de la virgen, embozándose después, despectivamente, en su blanco sudario, y riendo su risa sarcástica, gozándose en su hazaña...

El poeta, triste, rota su vida, acudía todos los días a llorar en el banco amado, que aún conservaba el perfume divino de la novia muerta...

## II

Un día, estando en uno de sus éxtasis, se acercó al banco una joven con una niña. El no lo notó, pero al cabo de unos instantes, cuando las alas vaporosas de su elevado espíritu se abatieron; sintió, no sin disgusto, que alguien estaba a su lado... «Era mejor la soledad».

Volvióse y saludó. Intentó reanudar su lectura, pero le fué imposible: la niña le tiraba del pantalón, y no tuvo otra solución que acatar le tierno de la orden, jugar y simpatizar con ella.

¡Oh! —pensaba—; Yo hubiera tenido una así, rubia, blanquita, fina, de ojos vivarachos!  
¡Qué cruel había sido con él el Destino!

### III

Más tarde, fué familiarizándose con la compañía y terminó por tener largas conversaciones con la joven. La soledad le era muy amable, pero su alma necesitaba también de alguien que con él la compartiera, de alguien a quien comunicar sus penas...

—Blanca,—le dijo un día—usted es buena, usted será amiga mía, ¿verdad?

Y fueron amigos, y él tuvo con quién compartir el pan amargo de la desgracia. Blanca también había perdido a un ser amado, a su madre. Así, hermanadas sus almas por el dolor, que todo lo iguala, lloraban juntos, y juntos elevaban tiernas plegarias a la Madre de todos, a aquella Madre buena, que también supo de tristezas y amarguras, y apuró las heces del cáliz sobre la cumbre pedregosa del Gólgota...

Fueron amigos y se amaron como hermanos. Por esto mismo era mayor su sinceridad: no teniendo que esforzarse para aparecer perfectos y producir la atracción mútua de los enamorados, descubrían su pecho y mostraban desnudos sus defectos y perfecciones.

### IV

Hizo muy mal tiempo durante varios días. Por esta causa el poeta no acudió como era su costumbre al paseo de los Olmos. Y cuando ya el sol, libre de tamices, enviaba sus rayos

hienhechores, reanudó sus visitas al banco. Pero Blanca faltaba.

Pasaron muchos días sin que la joven fuera al sitio acostumbrado. Alguna vez ya había dejado de ir, pero esto era en días sueltos. Mas ahora no. ¡Tanto tiempo sin verla! ¿Qué le pasaría? ¿Estaría enferma?

Eduardo no sabía qué pensar. La intranquilizaba la ausencia de Blanca. Ya no leía; no podía leer; entre los versos bailaban grotescamente estas palabras: «Está grave»... «Ha muerto». Cerraba, desalentado el libro y volvía a su casa.

Al siguiente día, de regreso del paseo, más triste que nunca, pasó por la casita de campo donde vivía Blanca. Se acercó a una mujer que se entretenía en dar de comer a las gallinas, y le interrogó:

—¿No vive aquí con su padre y su hermanita una joven llamada Blanca?

—¿Sab'usté? vivían, sí, pero hace ocho días se fueron toos a Santander, pa embarcarse y dirse a la Américas.

Eduardo sintió frío en el alma.

Cabizbajo continuó su camino...

## V

Desde entonces, más desgarrada su alma, y más solitario, el poeta no se sienta en el banco; echado boca abajo, con los codos apoyados en el suelo y la cabeza sobre las manos, con-

templa con melancólica mirada el lugar amado, el lugar donde vió florecer dos ilusiones: Amor, Amistad.

A veces le parece contemplar a la novia muerta y a Blanca sentadas en el banco. Entre las dos, él, y la niña jugando a sus piés... Pero pronto se esfuma esta visión, y los olmos se le antojan fúnebres cipreses que custodian mudamente la fosa donde enterradas por el Destino, yacen sus ilusiones marchitas, ajadas por siempre...







## UN SUEÑO AL ALCANCE DE TODOS

---

(*Cuento*)

(*A don Justo Munárriz*)

Os aseguro, amables contertulios, que voy a relataros la verdad. Ya sabéis que vine a Pamplona a estudiar la carrera de Perito Agrícola. No conocía a nadie; pero muy pronto, gracias a un compañero de estudios, alegre y ocurrente como buen pamplonica, me puse al tanto de las costumbres y, lo que para mí era más importante dada mi calidad de estudiante, al corriente de la «cuestión amorosa» tal como se lleva aquí a la práctica. Excuso deciros que las lecciones cupidológicas de mi amigo entraron en mi mollera con más facilidad que las fórmulas de las oxisales con que tan malos ratos me pasaba sobre el libro de química.

Como el tiempo transecurría y yo era asíduo concurrente al «puesto de los ajos», escaparate pintoresco de la ciudad, iba conociendo,—de vista, ¿eh?—a todas las chicas.

Una noche, en mayo, no recuerdo con qué motivo «hubo música» en la Plaza del Castillo. Naturalmente, con lo bailarín que soy yo, me habría gustado danzar un poco; pero, amigos, estábamos en vísperas de exámenes, y no era cosa de tomar un suspenso a cambio de una

habanera. Así, pues, cené y me metí en mi cuarto; cerré la puerta para que hasta mi olímpico aposento no llegaran las notas agudas de la chica de mi patrona, y me enfrasqué en los abonos. Pero, claro está, con todas aquellas sustancias y los malos olores que de ellas dimanaban, me puse de tan mal humor que, como hacen muchos políticos, me lié la manta a la cabeza y me quedé abismadamente dormido, es decir, dormido con la profundidad más grande.

Como las chuletas que cenara aquella noche eran más duras que los callos del carnicero que las expendió, y como impensadamente me acosté sobre el lado izquierdo, soñé... ¡Pero qué sueño! Me hallaba en la Plaza del Castillo, en la música, junto a una morena más simpática que un aprobado de Algebra, y más hermosa que una carta paterna a primeros de mes. Mas también, ¡qué apuros!... Estaba declarándome a ella, y en mi discurso, más romántico que Bécquer, y más incomprensible que un escrito de D'Ors, preocupado con los estudios, mezclaba los adjetivos eróticos con los abonos y los ingertos. El caso es que yo, en la realidad, nunca me había fijado en mi morena, y en aquel momento me parecía como si la hubiese amado desde largo tiempo.

En fin; cuando terminé mi perorata, me quedé tan contento como si hubiera dicho algo... igual que Maura. La chica debía ser muy sumisa a sus padres, pues inmediatamente me respondió.

—Espere un momento; voy a consultarlo

con mi papá que está ahí, en el «Iruña», y vuelvo enseguida.

Yo me quedé viendo visiones. Su respuesta era una cosa inaudita; no creo que haya ocurrido nada semejante... ¡Claro, era sueño!

—Y, qué, ¿volvió?—preguntó uno de los oyentes.

—No sé,—contestó el narrador—porque en el mismo instante entró mi amigo al cuarto y me despertó.

Al día siguiente, cuando de regreso de la Escuela, bajamos del tranvía mi compañero y yo, en el Paseo de Sarasate, pasó la chica a quien me había declarado la noche anterior y me miró tan insistentemente que, mi amigo, notándolo, me dijo:

—¡Chaval, cómo te mira esa morucha!

—Sí, ¿sabes?, anoche le pedí relaciones.

—¡Arrea! Y, ¿qué te dijo?

—Nada; no la dejaste tú...

—¿Yo? ¡Caray, pues no sé nada!

Entonces le referí yo todo.

Lo más gracioso es que desde mi sueño no cesaba de acordarme de «ella», y antes, ni siquiera la había piropeado. Y aun me preocupaba más el que siempre que pasaba por mi lado me dirigía la misma mirada insistente, calcinadora... ¿Habría soñado ella la continuación de mi sueño?...

Me decidí a preguntárselo. Ya sabía, por mi amigo, cómo se llamaba, pero necesitaba que alguien me presentase, y cargó con la ceremonia mi camarada.

Aún no habíamos soltado las manos Charito y yo, al saludarnos, cuando le disparé:

—Oiga usted, Charito, ¿ha soñado usted conmigo?, ¿me he declarado yo a usted?, ¿usted me ha contestado?, ¿que sí o que no?

Charito quedó perpleja. Me miró y miró a mi amigo, como diciendo: ¿Está loco?

—Yo le explicaré...

Inmediatamente la puse en autos de lo ocurrido y de la preocupación en mí constante por su inquisitiva mirada. Sin contestar categóricamente a mis preguntas, me interrogó:

—Vamos a suponer que soñamos los dos «eso»; ¿le pena haberlo soñado?

—¡Oh, no! Porque, aunque apuradillo, pasé un rato delicioso a su lado...

—Y, ¿le agradaría la contestación?

—(¡Mi madre!) Según, según... Si fuera buena...

—Pues, espere usted, que mi papá me aguarda para comer, y voy a consultárselo.

Y me dejó así, con la boca más abierta que la de un gobernador cesante, mientras marchaba riéndose, después de saludar a mi amigo, que presenciaba la escena.

¡Bueno, chicos!, vaya el epílogo: a los cuatro días, éramos novios Charito y yo; y a los ocho, me dirigía yo en el tren, con un calor sofocante y en un tercera, (La culpa fué de aquel maldito... anillo que le regalé) hacia mi pueblo, bien cargado, por cierto... Llevaba las calabazas del curso y... ¡las de Charito!



## NOCHE DE SAN JUAN

---

### I

—¡Felipe, baja...!

Gritó apresuradamente Miguelico, y, como no obtuviera respuesta, insistió:

—¡Baja, Felipe, que corre prisa!

—¿Qué hay?—contestó desde la ventana Felipe.

—Baja, que quió icirte un recau a tí solico.

A los pocos instantes estaban los dos amigos juntos.

—¿Qué quiés?

—Alguarda, vámonos un poco más allá pa que no nos oiga naide lo que t'hi de icir.

Con mucho misterio, asiéndole con violencia del brazo, lo llevó lejos de la casa.

--Bueno, ahura que naide nos escucha, voy a date la noticia: ¿quién te paice qu'ha venío?

—¿Quién?

—Un ave de mal agüero..., don Luisito.

—¡Mal rayo le parta!—maldijo Felipe—Y ¿qué viene a hacer?

--No sé, pero cosa buena no será.

--¿Tú l'has visto?

—Yo mismo. Estaba en el abrevadero con los ganaus, cuando pasó él hacia aquí en automóvil.

Quedóse Felipe un rato perplejo y meditativo.

¡E! señorito, el miserable seductor, para quien había reunido en uno sólo todos los odios, estaba en el pueblo!

Su cólera, que desde hacía tiempo permanecía adormecida, despertaba ahora con rugidos de león preso en la malla.

—Gracias, Miguelico, por la noticia. Yo sabré lo qué hacer... ¿Has cenau?

—Sí.

—Pues, entonces, amos a la taberna.

Pausadamente, como rumiando el uno sus planes, y el otro sus presentimientos de algo trágico, dirigiéronse al establecimiento de bebidas que, con honores de cafetucho, era el centro de reunión de los mozos del pueblo.

Cuando entraron en él, a causa del humo que llenaba la viciada atmósfera, no pudieron ver quién estaba; sólo oyeron rasguear de guitarras, bandurrias y violines que los mozos afinaban para la ronda de San Juan.

Poco a poco fueron percibiendo mejor los objetos. Saludaron a los amigos, acercáronse al mostrador y pidieron unas copas.

De pronto, un griterío ensordecedor llenó la taberna. En la puerta, con el sombrero en la mano y sonriendo con aire de triunfo estaba el señorito Luis. Todos, más por temor que por cariño, pues era el amo de casi la hacienda en-

tera del pueblo, acudieron a saludarle, excepto Miguelico y Felipe.

—¡Bebed todos conmigo, yo pago!—invitó el señorito.

No se hicieron rogar los mozos. Pronto las botellas bailaron la danza báquica de mano en mano...

Para el señorito no pasó inadvertido el desprecio con que le recibieran Felipe y Miguelico, los cuales hablaban en voz baja, junto al mostrador.

—Parece que lo que tratáis es interesante—dijo Luis acercándose a los dos amigos.

—Sí, muy interesante—repuso con desdén Felipe.

—Seguramente os he interrumpido cuando ya terminabais de inventar las coplas para esta noche. Por si acaso no teníais ninguna, yo os he traído unas cuantas, para que las cante Felipe.

—Yo no necesito sus coplas, porque no me de cantar.

—Tanto mejor para mí;—exclamó Luis— así se las cantaré yo a la moza más guapa del pueblo.

—¿A quién?—interrogó vivamente Felipe

—¿A quién ha de ser? A Ramonita.

Felipe sintió que se le nublaba la vista y que algo le oprimía el pecho. Sin embargo, hizo un esfuerzo y respondió con aparente calma.

—Señorito Luis, le pido por favor que no revuelva más el cotarro. Ramona no está ya pa usted; si un día, confiada en sus juramentos

y en su palabrería, se entregó engañada, y después tuvo el hijo, y se quedó con él, porque usted no quiso cumplir como hombre, hoy la Ramona es mi novia, hoy me tié a mi pa defendela. Ella l'ha perdonau a usted, pues, déjenos en paz.

—Pero, ¿qué me importa a mí que tú, arrojándote ese papel quijotesco, seas su prometida? Yo he venido sólo a cantarle, como otros años la noche de San Juan, y yo soy el que manda en el pueblo.

—¡Pues no la cantará usted!

—¡Veremos!

—¡Por estas!—juró Felipe.

## II

Las doce sonaron en la rajada campana de la iglesia. Alegres, con la alegría propia de la juventud y con la prestada por el alcohol ingerido, salieron los mozos formando una compacta y vocinglera corona humana en derredor de la rondalla.

—Amos a casa el cura.

Era de ritual que la primera serenata se dedicase al pastor de aquellas ovejas.

Aún llameaban las hogueras encendidas en las cras, elevando sus espirales de humo que en sí llevaban el símbolo de la alegría juvenil. La rondalla con sus alegres sonos, ponía un matiz de júbilo inocente en el pueblo. Las mozas salían a las ventanas y entregaban botellas de



licor envueltas en vistosos pañuelos de seda y en ramos de flores...

¡Oh, la noche de San Juan! ¡Cuántos cariños brotan al vibrar en el aire sereno las notas de una copla preñada de ruda y noble pasión...!

Pasaron delante de la casa de la novia de Miguelico, el cual hizo primores con su voz fresca y bien timbrada.

Terminada esta serenata, el señorito dió orden de detenerse debajo de la ventana de Ramona. Felipe se contuvo a duras penas.

Las guitarras rasguearon la entrada de la jota y las bandurrias y violines cantaron la saltarina melodía.

De pronto, haciéndose paso a empujones y codazos, se precipitó Felipe en el centro del corro, donde, en actitud provocativa, el señorito, el que engañara a Ramona y la abandonara con el fruto de sus amores; el que, a fuerza de dinero y de amenazas quedara a salvo de la justicia humana, preparábase, cínico y desalmado, a cantar una copla que turbase el corazón de la moza y removiese las cenizas de una pasión extinguida.

Enmudecieron los instrumentos y quedó suspenso el aliento en todos los pechos. La Tragedia se cernía imponiendo silencio. Los mozos presintieron algo terrible, pero no querían evitarlo: temían al señorito, al cacique, y le odiaban con ese odio sordo, propio de las gentes del campo...

— ¡Qué va usted a hacer... ?

—Ya te lo he dicho en la taberna: cantar a Ramona.

—¡Canalla! ¿No le bastó con hacer lo qu' hizo, que ahura quié prencipiar de nuevo? La Ramona es pa mí, ¿entiende? Ya qui usté no le dió su nombre se lo daré yo, que tengo más hombría y más concencia...

—¡Pero, hombre, Felipe! No seas bcho; la Ramona es como todas; no te quiere más que por egoísmo, para tapujo; y siempre que yo quiera haré lo que se me antoje con ella, que no es más que una...

—¡¡Traga lo qu'hibas a icir, cobarde!!— Rugió Felipe, y, en rápido movimiento sacó su navaja y la clavó en el corazón del señorito...

Así terminó aquel año la ronda de la noche de San Juan.





## TZANTZO EL KOBLARI

---

*(A don Francisco Javier Arraiza)*

Voy a contaros, lo mejor que pueda, unas cuantas facetas de la historia de Tzantzo el koblari; pero antes de empezar, debo consignar claramente, y para descargo de mi conciencia, que no sé una palabra de euzkera, salvo aquellas palabras que, por vulgares y harto conocidas, las emplea todo el mundo, es decir, la mayor parte de los que hemos tenido la inmensa suerte de haber nacido en esta bendita tierra y nunca bien cantada, de Vasconia.

Los versos que aparecen en este cuento me fueron dictados por un viejo montañés muy simpático y alegre, eso sí, pero que no sabe escribir ni leer. Excuso decir los apuros que hube de pasar para transcribirlos.

No sé si esta historia será cierta; ni si está exagerada o tergiversada; me limito únicamente a referirla tal como me la narró entre chupada y chupada de su vieja pipa, Jaun Angel.

Ahí va, pues, y no incomodarse si «meto

la pata», ya que no soy ningún erudito ni he recorrido archivos ni bibliotecas, ni he desempolvado códices y libracos para sacar los datos referentes a la vida y milagros de Tzantzo de Koblaris.

\* \* \*

«¿Han desaparecido del suelo vasco los koblaris?»

Esta pregunta surgió en mi mente la noche en que Jaun Angel, sentado en el antiguo escaño de la cocina, con un codo apoyado sobre la mesa volante a él pegada, me refirió unos cuantos retazos sueltos de la vida de Tzantzo, y otra vez resurge al transcribirlos; y yo mismo me contesto: «Hay koblaris, indudablemente, pues a mi modo de entender la vida, tan necesarios son los sacerdotes, médicos y maestros, como los poetas». Claro está que muchísimos son de opinión contraria a la mía, pero no me importa, yo me atengo a lo que con mucha razón dijera Campoamor:

En este mundo traider  
nada es verdad ni mentira;  
todo es según el color  
del cristal con que se mira.

Esto no es una razón «incontrovertible» para apoyar mi tesis, pues aunque son necesarios, puede muy bien ocurrir que no existan, así como yo no tengo el dinero que me hace falta. Quizá la antigua costumbre de los torneos de versolaris haya desaparecido y sea estúpido de que los que sienten dentro de sí bu-

llir el número que a Dios le plugo darles, no se den a conocer, o no los conozca yo, que será lo más seguro.

En fin, como quiera que estas divagaciones no vienen a cuento con lo que «me traigo entre manos», pondremos punto y aparte y...

¿Dónde nació? Lo ignoro, así como Jaun Angel. Es posible que naciera en el valle de Esteribar, en alguno de sus muchos pueblos.

Poeta, contrabandista y guía en una pieza, recorrió, ya cantando, ya hurtándose a la mirada antipática de los carabineros, ya conduciendo por las inextricables montañas, y profundos desfiladeros, a los caminantes, la abrupta tierra montañesa hasta Francia; y en cada pueblo y en la imaginación un tanto oriental de los aldeanos vascos, quedaron fijos, aquí uno, allá otro, los retazos de su vida nómada, lírica y aventurera.

Alguna vez tuvo que ver con la Autoridad eclesiástica. Por encargo de los mozos del pueblo, compuso unas «kopliak» satíricas en que se ponía de relieve el escándalo dado por el cura. Enterado el obispo de Pamplona de lo ocurrido, llamó a su presencia al bardo y le amonestó severamente por su falta de respeto a la Iglesia. A lo cual, respondió el poeta, que ni en los que le habían encargado las coplas ni en él, existía ninguna mala idea contra la Madre Iglesia, sino contra un hombre ministro suyo, para que sirvieran de escarmiento a los demás.

Convencido o no el Obispo con estos argumentos, le perdonó; en cambio de la cual mer-

ced, Tzantzo compuso en versos sonoros los Diez Mandamientos.

Al escuchar el prelado la composición, fué tanto su entusiasmo, que le gratificó con « ¡cinco duros! » (Aquí Jaun Angel se relamía los labios al pronunciar, asustado aún, la cifra del premio), cantidad enorme en aquellos tiempos.

Según mi narrador, casi todos los más viejos de los pueblos del valle de Esteribar y sus colindantes, saben y recitan el Decálogo rimado.

En una feria de Pamplona, apabulló, como decimos ahora, a unos guipuzcoanos que se le burlaron porque iba mal trajeado; haciéndolo, claro está en verso.

Cuenta la leyenda que en cierta ocasión en que se dirigía hacia la frontera en plan de contrabando seguramente, con caballerías, alguna de estas se espantó y fué a parar, arrastrando tras de sí a toda la reala, a una ciénaga profunda de donde, sin ayuda como se encontraba, érale imposible sacar las bestias.

No se le ocurrió en el primer momento al koblarí otra cosa, que ir en demanda de auxilio al caserío más cercano. Pero cuando ya había andado unos cuantos pasos, brilló en su alma la estrella de la Fé en la Virgiña Ederra, e, improvisando lleno de confianza, prorrumpió:

¡Ama Virgine fiela  
alabatue ziela;  
nere manduak  
miñi artu gabe  
atraletzazu bidera!

Volvió la cabeza hacia el fatal sitio, convencido del poder celestial y vió cumplidos sus deseos totalmente: las caballerías continuaban su camino por el puerto.

No tuvo la muerte vulgar de Iparaguirre, pero tampoco la tuvo digna de un poeta. Cayó ya viejo de su caballo y pereció entre la nieve.

Una nueva pregunta se me ocurre: ¿habría, si tuve tiempo, hecho el acto de contrición en verso?...

¡Quién sabe!

Esta es la historia que me refirió Jaun Angel. Como no están, sin duda alguna, relatados los hechos cronológicamente, colóquelos el amable lector donde le plazca; y si algún disparate encuentra o contradicción, culpele al viejo Jaun Angel, no a mí.









# CARICIAS

---

*(Poesía en prosa)*

## I

Surge el disco argento de Selene de entre los vellones nacarados de su tálamo. Riebla se luz del muerto—Ilargía la llama el Euzkera—en el río que yace en su quietismo mudo; todo duerme: viento, agua, flores, pájaros...

## II

A la orilla, por entre las hileras de chopos—que son como ilusiones que se elevan a Dios en un supremo anhelo de arrancarse de la tierra—con paso tenue, dejando en el césped la huella suave—tal la de un sueño dulce—pasean y se dicen sus cariños dos enamorados.

## III

¡Oh, silenciosas horas de la Noche, propicias más que ninguna otra de la vida, para decirse melifluamente las bellas confesiones de amor; palabras de amor, muchas veces mentidas, muchas veces sinceras, pero siempre bellas...!

## IV

Se sientan en una pequeña eminencia; ella arriba; él tal si fuera a adorarla en su altar. Un

rayo de luna dibuja sus siluetas. Ella se inclina y apoya su rubia cabecita en la onscara de él, y con su mano fina y blanca acaricia la rizada y negra cabellera del amante y juega con sus guedejas. El levanta la vista hasta su rostro y lo envuelve en una mirada de éxtasis de amor... Suenan un beso.

V.

¡Oh, si en mis horas de tortura, cuando la melancolía atenaza mi espíritu; cuando el desencanto tiende su frío sudario de armiño sobre mi alma enamorada; cuando el dolor aprisiona las alas de la imaginación, cortándole el vuelo a la región del ensueño do pueda desprenderse de la materialidad de la vida; cuando derrotado y lacerado por la zarpa del fracaso, una mano fina, blanca, surcada por líneas sinuosas azules, acariciase mi febril cabeza y disipase de mi frente los negros pensamientos...! ¡Qué feliz sería!

VI.

Tú, amada mía, amada a quien busco inútilmente y con quien sueño toda mi vida—senda espinosa, abrupta, llena de abrojos—si te apareces en mi camino, pasa tu fina y blanca mano por mi frente surcada de arrugas que la vida grabó en ella a zarpazos; juega con mi enmarañada cabellera, sé el manantial que sacie mi sed de amor y disipe la negrura abismosa de mis penas... ¡Ven amada mía, dame tus caricias...!

---



## DADAISMO

*(A don Juliàn Olaso)*

—No dejes de venir algún día por mi casa. Tengo verdaderos deseos, ya que tú eres aficionado a estas cosas, de leerte unas cuantas composiciones que he escrito.

—¡Bueno, hombre, bueno! Iré, iré. ¿Te parece bien el domingo?

—¡Encantado!

Y de esta forma quedé comprometido a sufrir el dolor de tripas más grande que he padecido.

Efectivamente: el domingo siguiente, después de oír, como buen cristiano, mi misita, me encaminé a casa de este adorañor del dadaísmo.

Tiene un almacén de patatas... ¿Es posible que un individuo que se dedica a la venta de esos tubérculos pueda hacer poesía? Esto pensé al leer el rotulito en que se leía, en caracteres de un verde rabioso sobre fondo amarillo calabaza, «Patatas al por menor y mayor».

Y calcule el lector que me aguania, el efecto que me habría producido la fragua, digéme lo así, donde se forjaban sus composiciones poéticas, al verla completamente llena de dibujos y óleos cubistas.

Siempre he tenido una curiosidad grandísima por penetrar el arcano del medio santuario en que un poeta concibe y pare sus rimas. Tiene para mí un encanto tan exquisito leer las líneas cortitas de una poesía—que marcan en la blanca cuartilla un camino de gloria o de fracaso—aún no aprisionada por las letras de molde, sino con la huella fresca de los arrebatos o languideces de la inspiración del que las escribe—tal las ondas que produce un martillazo sobre una campana, cuyo sonido va debilitándose hasta que otro golpe lo exalta de nuevo—, que con gusto, con delectación, iría llamando de puerta en puerta a la casa de los poetas, solicitando, por el amor de Dios, un poco de benevolencia para mi capricho, y la lectura de su última cuartilla.

Pues bien: esta curiosidad se exacerbó más, al comprender que mi poeta era de los ultraístas.

Ya había leído composiciones de este género en varias revistas, sobre todo en «Prisma»; pero nunca tuve ocasión de charlar con un devoto de esta nueva secta del arte poético, y comprobar si pensaban de la misma forma que reflejan en sus obras. Así que, apenas entre en la estancia, dió comienzo el «ultra vate» a la lectura de sus versos.

Leídos por mí, otros de su clase me habían producido una sensación siempre extraña, muchas veces de risa. Pero ahora, al escuchar de su boca sus propias concepciones, pensé—y creo que pensé cuerdamente, por lo que luego

se verá—que me hallaba en la celda de un alienado.

El poeta se entusiasmaba al reflejo del número cristalizado en aquellas líneas incongruentes, disparatadas...

¿Serán éstos, espíritus selectos, sublimes, a los que no puedo llegar, a pesar de mi creencia de que sé sentir el arte? Medité.

Tenía deseos ardentísimos de que terminara y, a la vez, temía cervicalmente que la lectura tocase a su fin... ¿Qué iba yo a decirle de encomiástico, si sus versos, o lo que fueran, no habían hecho que vibrase en mí ni la fibra más accesible a la púa del entusiasmo?

Aseguro que sentí un malestar horrible.

Por fin, dió la una.

—¡Vaya, la última!

Y, declamando enfáticamente, prorrumpió:

Travía trepidante, divinal,  
rápido como el pinchazo  
armónico de una inyección,  
yo te adoro al pie de tu estribo,  
porque eres la carroza espiritual  
que conduce,  
cual torrente vesánico,  
las ansias de mi alma  
a su pueblo, al pueblo de ella...

No hay para qué decir cómo me quedé. Cual movido por un pellizco, le interrogué:

—Y, ¿también para hacer los pedidos de patatas escribes: «Mándeme raudo cual gavio»

ta aeroplánica un conjunto quintálico luminoso de tubérculos venusianos?

¡Qué dije! Comprendida por él mi ironía —ironía impremeditada—, me miró muy serio el tuberculero poeta dadaísta y exclamó:

—¡Pobrecillo! No me comprendes. Estás sujeto a las redes de los preceptos clásicos, y cuando no, a la escuela romántica, la moderada de la revolución del arte. Yo desprecio toda esa antigualla ridícula. Soy más que todos los poetas del Siglo de Oro—siglo de la rutina debiera llamarse—y los tiro de alto a bajo, como el chopo a la achicoria.

Cortado, sin saber de qué forma excusarme por mis palabras, que cual dardo habían herido en lo más íntimo al ultraísta, me fuí.

Camino de mi casa, con el estómago vacío y llena la cabeza de modernismos, ultraísmos y dadaísmos, contagiado improvisé:

Una silueta de sindicalista,  
una cabeza bien monda,  
un autocamión que rompe  
la base de un farol...

¡Poesía pura!





## LA NOVELA Y LA VELOCIDAD DE LA VIDA

---

La novela corta o cuento largo es el espejo más fiel de la vida moderna, representada con la palabra velocidad. En los actuales tiempos todo va de prisa; todo el mundo se mueve en un «prestissimo» de fuga musical; todo ser viviente anda, habla, gesticula, acciona, trabaja aprisa indudablemente influenciado por el metrónomo de nuestro siglo.

¡Aprisa, muy aprisa, cuanto más aprisa, mejor...! No queda tiempo para nada. Y, claro, descontentadas las personas que se dedican exclusivamente y para su crítica a la lectura de obras literarias, nadie puede dedicarse a leer con calma y tranquilidad el libro prestado, o el libro fresquito que ha cautivado nuestra curiosidad—cual cautiva el paladar la fruta recién traída al mercado, la primera de la temporada—, y, o ha de ser un librito minúsculo, cuyas hojas se pasen en media hora, o, necesaria y fatalmente, ha de quedar mal leído.

—¡Ajajá! Voy a leer este librito que acaba de ponerse a la venta...

Dice, arrellanándose en un buen sillón, un buen señor. Pero apenas comenzada la lectura,

se levanta de un brinco, echa mano al reloj, y con los ojos desmesuradamente abiertos, exclama:

— ¡Caray, las siete menos cinco, y a las siete tengo conferencia con Madrid!

O bien dice esto otro:

—Hombre, mi amigo Zutáñez, que acaba de editar este estudio crítico del reinado de tal o cual rey, me envía este ejemplar en prueba de amistad... Yo ya quisiera leerlo. Pero me es imposible hoy. Es muy largo. Mañana.

Peró el mañana llega y el libro se deja para mejor ocasión, justamente empezado a desflorear.

El escritor profesional no puede dedicar muchas semanas a la formación de un libro. Las obras literarias se cotizan por los editores a muy bajo precio, y, naturalmente, hay que producir mucho, porque el casero, el sastre, el zapatero y otros mil insectos dañinos apremian con sus espeluznantes facturas...

¡Pues venga novela corta! Una cada día, o dos, y a cobrar a diario, para diariamente tapar la boca a estos imanes del dinero.

De ahí que el cuento, la novela corta, llenen casi totalmente la labor literaria de nuestros días. Las novelas largas son cada día más escasas.

Si Cervantes viviera en este siglo XX, no escribiría el «Quijote». Si el Dante fuese contemporáneo nuestro, quedara en silencio «La Divina Comedia». Y si Homero fuese compañero de escuela de Venizelos, quedarán igno-



rados los egregios personajes de sus inmortales epopeyas.

Dentro de poco tiempo veremos cómo al tenor en que se limita la velocidad de los «autos» a la entrada de los poblados; se pondrá freno a la marcha de la vida cotidiana con rótulos como el siguiente:

**VELOCIDAD MAXIMA EN LA VIDA, 24 HORAS POR DIA**

Y tendrá razón de ser, porque lo menos gastamos diariamente 30 horas, aunque científicamente resulte un disparate mayúsculo.

Y como yo también estoy sujeto a la marcha veloz de los demás vivientes, y en este momento me llaman para no sé qué cosa que tengo que hacer, dejo la pluma, sin secar siquiera, sobre la mesa o en el suelo—por precipitación—y a vivir, si es que así se puede llamar esta existencia «cuarentacaballística».





**BOHEMIA... I TRIUNFOI**

(NOVELA SENTIMENTAL)





(A don Eduardo Orio Parreño)

## CAPITULO I

### El café "La Bohemia"

Anocheeía, un frío día de Noviembre. La lluvia azotaba cruel los cristales del escaparate, donde en artística confusión, se veían esparcidas multitud de esas frioleras, a las que han dado en llamar alimenticias y a la vez aperitivas. En la calle, los transeúntes, una vez terminadas sus ocupaciones cotidianas, dirigíanse a sus hogares; unos embutidos en recios gabanes, otros, vistiendo trajes de verano, raídos, escondían sus ateridas manos en los bolsillos del pantalón, o bien se embozaban en un sencillo tapabocas de cuadros de un color indefinible; prendas obtenidas las más de las veces como limosnas, y a las cuales todo les faltaba, todo, menos el signo de miseria...

—; «El Liberal»... «La Corres...»!—Gemía más que gritaba una chiquilla despeinada y medio desnuda, con el paquete de periódicos bajo el escuálido brazo, mientras en su mane-

cita, llena de sabañones, sustentaba el número que ansiaba vender.

— ¡Ahí va...! ¡Golfa! — Gritó un cochero, y con la fusta cruzó la carita a la niña, la cual abrió, en tanto subía a la acera, sus ojos negros y rasgados, contemplando con mirada de dolor



y de justa envidia, el charolado landó, que se perdió entre la multitud de vehículos...

Atravesó la calle un individuo alto, delgado, vertido con un traje cuyo color no recordaba ni él mismo, tocado de un sombrero mugriento, de alas inverosímiles. Llevaba anudada al cuello una chalina de color de ala de mosca, que caía graciosamente sobre la pechera de la camisa.

Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y con la colilla en la comisura de los labios, entró, abriendo la puerta de un puntapié, en un café cuya muestra era la siguiente:

#### «LA BOHEMIA»

— Buenas noches.

— Pero muy perras...

— La verdad, que está el tiempo como para ir a cazar grillos. ¡Carambita y como arrea!

— Pero, por lo visto, usted no tiene mucho frío... Le digo por lo ligerito de ropa que anda.

— Pues, mire, señor Braulio, no crea que carezco de gabán; lo tengo, y nuevo que da gusto verlo... en la prendería.

— Trae usted buen humor, Juanito.—Dijo el señor Braulio, dueño del bar.

— Pchs...! Así, así. Al mal tiempo, buena cara, como dice Eduardo. Y a propósito de Eduardo: ¿no ha venido?

— Sí, estuvo esta mañana un momento, nada más que para encargarme la cena de esta noche. Ya está todo preparado, y creo que quedará

satisfecho, pues está el comedor que es la mismísima chipén.

—Por supuesto, ¿habrá mucho vino?

—Ya lo creo, y del mejor. Se conoce que el pollo está en fondos.

—Sí; es decir, así creo, pues con lo que ahora le pagan por sus crónicas, reúne un piquito.

—¡Pobre Eduardo! Si usted le hubiera conocido cuando vino a Madrid... ¡Qué otro era! Figúrese un individuo de lo más paleta que se ha conocido; buen traje, eso sí, pero ¡qué manera de vestirse!; ni andar sabía. Después entró de lleno en la cofradía de bohemios, sufrió sus pesares, gozó sus alegrías, y ahí lo tiene usted, triunfando... incipientemente...; ¿no se dice así?

—Sí, hombre, sí, como usted quiera... ¡Cállate, ya vienen los demás!

Y en efecto, abrióse la puerta del establecimiento y entraron en dos filas, cuadrándose a ambos lados de la entrada y entonando la marcha real, una cuadrilla de bohemios que competían en el campeonato del sebo en las ropas y en flotantes chalinas llamativas. En medio de un estruendoso aplauso, penetró sonriente, satisfecho, Eduardo, dando el brazo a su amante Marina, flor arrancada de un vergel provinciano y trasplantada a la Babel madrileña.

—¡Cerrad los «paraguas», que es de mala sombra el tenerlos abiertos bajo cubierto!

Y cual autómatas, cesaron de entonar, bajándose al mismo tiempo las solapas.



—A ver, simpático, simpático... Oye, tú, Leocadio: ¿Cómo se denominará el que posee un bar?

—Eso—contestó el aludido—lo sabrás tú, que eres un diccionario etimológico en rústica.

—Bueno, pues,—continuó Rufino,—simpático hombre que tiene por nombre un derivado de bar: ¿Está la cena?

—¿Tanta hambre tienes?—exclamó Benito.

—No, casi nada; después de la cuaresma perpetua que llevo...

—Pues, entonces, señor Braulio, empecemos la fiesta, si mi reina lo desea; esa fiesta que será en mi vida el límite, el punto culminante de una existencia arrastrada y el principio de una nueva existencia, completamente nueva; una vida soñada por mí, allá, en mis años de pubertad, cuando, preso entre los mojones que demarcaban mi pueblo, el alma, este alma mía, preñada de dulces presentimientos, transpasaba aquellos linderos que la aprisionaban, que la estrujaban, y se enajenaba en la contemplación de un ideal. Este ideal se realizó..., más en medio de tanta alegría, hay un punto de tristeza, de la tristeza que a pesar de todo, me causa el dejar los lugares y compañeros testigos de mi lucha, así como nos produce pena el dejar cuando terminamos de leerla, los personajes de una de esas historias que se adentran en nuestra alma, dejando en ella inmarcesible, la violeta de la poesía.

—¡Hombre!... No nos entristezcas.—Excla-

mó Juanito.—Hoy debe ser todo gozo, todo alegría y... vino ¡mucho vino!

—Eso es, mucho vino, mucho bebestible, y en tanto, que no haya comestible.

—Es que Juanito no concibe la vida sin vino. Hay quien no puede prescindir de las flores, de los libros, de las mujeres; pero este..., este se bañaría en el Manzanares, si su linfa fuera de vino.

—¡Y qué!—Adujo Juanito.—

«Si el mundo se estremece bajo el peso  
de sus vanas pasiones y sus vicios,  
y sufre los castigos y suplicios  
con grágico terror...

¡Y me meto en mi casa tan tranquilo,  
me embozo con mi lira bien templada,  
y cantando al dulce Baco una balada  
que escribo con licor!

*He dicho.*

—¡Y muy bien, hombre, muy bien.--Prorrumpieron sus amigos con entusiasmo, mientras con no menos ardor, descargaban sobre sus espaldas un diluvio de golpes, que hicieron reír a Marina y a Eduardo, los cuales se miraban embelesados, al comprender que por ellos y sólo por ellos se hacían aquellas cosas.

—La cena está servida, señores.—Dijo el dueño del establecimiento, que también participaba de la alegría general, aunque el día anterior, al repasar el libro de cuentas por centésima vez, maldijera de su suerte que le había conducido a tratar con aquellos seres tan distintos

de los demás, que pululan por este mundo «viendo su vida»..., en busca del triunfo y del problemático cocido.

—Pero, esperad.—Dijo Leocadio.—¿Es que sólo el homenajeado ha de tener compañía? Esto, amables compañeros, no lo podemos consentir... ¿No os parece lo mismo?

—Tienes razón—contestaron todos.

—Pero, ¿cómo vamos a remediarlo ahora?—Dijo uno.—Porque mientras nosotros vamos por nuestras divas, se pasa el asado...

—¡Ah!—Exclamó Leocadio con íntima satisfacción.—Esa es la sorpresa de que te hablaba, querido Marcos. Mientras vosotros estabáis como unos ostras contando las gotas de lluvia, yo, en combinación con el insigne Eduardo, os he traído aquí a vuestras románticas musas «carnióseas».

—¿Has dicho?

—¡Carnióseas! Y no retiro el neologismo.

Y después de una pausa continuó, triunfador.

—¡Abrase el seno del Olimpo y aparezcan ante nuestros pecadores ojos las musas que depositan en nuestros cerebros el hálito de la inspiración!

Y en el mismo momento abrióse el portier de un reservado y aparecieron las amantes de los bohemios, coronadas con flores de papel (las naturales eran muy caras) y tocadas a la usanza romana; elegancia, aunque sencilla, que contrastaba con la pobreza y suciedad de sus trajes.

— ¡Salve, Apolo! — Dijeron y saludaron con una graciosa reverencia. Y sin añadir una palabra, una tras otra, dieron el brazo a ellos, que estupefactos, contemplaban la escena. Y entonces seguidos de Marina y Eduardo, de cuyos ojos se deslizaban puras lágrimas de felicidad, penetraron en el reservado, por parejas, palmoteando y gritando con todas sus fuerzas:

— ¡Viva la Bohemia...!

Al trasponer el umbral del comedor, detuviéronse unos instantes Eduardo y su novia, y, cual movidos por un mismo impulso, dijeron lo que sus almas hermanadas sentían:

— ¿Me quieres, me querrás?

— ¡Siempre... siempre...!

Pero no repararon en que detrás de ellos y en actitud grotesca, para cubrir su pena, Juanito, el único sin amores, se abrazaba a una silla y mientras a sus ojos tristes, bien a su pesar, se asomaban dos perlas, decía parodiando a sus amigos:

— ¿Me quieres..., me querrás siempre...?

---

## CAPITULO II

### El nido

Las diez de la mañana daban en el reloj de la próxima parroquia. Lucía el sol en todo su esplendor, y templaba la atmósfera fría de una noche de rosada. Por la ventana que daba al tejado penetraban los siempre alegres rayos del astro rey, dando vida y animación a la pobre buhardilla que ocupaban Eduardo y Marina desde hacía varios días, como habían convenido, dadas las esperanzas que tenían de alcanzar una buena posición.

Naturalmente, para nuestros pobres amigos, aquel reducido cuarto constituía un Paraíso, en el que, si no con las comodidades más corrientes, al menos, con un poco de imaginación y de buena voluntad, era fácil convertirlo en la mansión mejor del mundo. Y así como Diógenes se encontraba en su tonel tan bien como Alejandro en su palacio, del mismo modo, la pareja bohemia reducía sus necesidades a tal extremo, que bien pudiera aplicarse la paradoja de que vivían en la opulencia de la pobreza.

Recorriendo los puestos y cuchitriles de ropavejeros, habían comprado los muebles necesarios para su uso. Una mesa, dos camas... (No

te sonrías, lector; vivían como hermanos), cuatro sillas, unos cuadros, un armario y una máquina de coser, con la cual aportaba ella su jornalillo, que unido a lo que pagaban a Eduardo por sus crónicas y cuentos, les daba lo suficiente para vivir, si no con holgura, por lo menos sin pasar hambre.

Su buhardilla se componía de un cuarto donde ella hacía sus costuras y él trazaba sus renglones, aquellos renglones que desde hacía poco, se convertían en un nombre y en unas pesetas. Dos alcobas ocupadas por ellos y la cocina.

—No trabajes tanto, nena. Ayer eran las doce y media de la noche cuando al volver de la redacción te encontré trabajando, y hoy, apenas amanecido, a reanudar la tarea... Escucha: vas a ponerte enferma.

—Pero, ¿qué quieres que haga? Es preciso trabajar un poco para arrimar el hombro; ya sabes que las cosas no las regalan...

—Está bien, hermana juiciosa, pero también es verdad que no hay que apurarse. Ya gano lo suficiente para no pasar apuros...

—Sí, pero no tienes más que una camisa, y el día que la doy a lavar, tienes que estar en la cama hasta que se seca... Mira qué linda estoy haciéndote una.

—Sí, sí, muy bonita, pero, pero... trabajas mucho.

—No; si ya sé que no te gusta, y que me dices esto último para halagarme. ¡Después que me intereso para que vayas curioso...!

—Pero, ¡nena! No te enfades, que te soy franco.

—No, no, ya se que no te agrada lo que hago, porque no me quieres.

—¿Qué dices tontuela?... ¡Pues, bien! No, señorita, no le quiero, y para manifestarle mi odio... ¡Tome!

Y estampó un beso en la frente de cera de Marina, la cual, gozosa de su triunfo, reía como una locuela, mientras jugaba con la revuelta melena de Eduardo.

Asomáronse a la claraboya, subidos en una silla, y, juntos, muy juntos, contemplaron el cielo límpido, sereno, y luego se posaron sus miradas en los tejados de la gran Babel, y en éxtasis extraño parecían decir:

—¡Tú serás mía!

Y al pensar ésto, parecían vislumbrar la gloria, tan cercana y sus manos, que hubiérase dicho que la poseían. Volviéronse los dos, el uno hacia el otro y entonces pudo ver Eduardo una lágrima de triste presentimiento en los azules ojos de Marina...

—¿Lloras, nena?

—No...

Y blanda, suavemente, se unieron sus labios en un beso largo, lánguido, cual si quisieran asegurar en aquel ósculo la suerte futura, el ignoto porvenir, aquel porvenir glorioso que ella ansiaba para él, y que a la vez temía.

—¡Bien, chicos... me gusta! ¡Vaya una manera de recibir las visitas!

Volviéronse rápidos hacia la puerta, y vie-

ron a Juanito, el poeta largo, delgado, de tez de bronce, el sin amor, el sin ilusiones, el fracasado.

—Perdona, chico, pero no esperábamos tu visita.

No, si quien tiene que pelear la inopuntidad sois vosotros. «Perdonad a este vate, que bate sus alas para descender a la grosera de la vida, y viene a imploraros un poco de café y pan».

—¡Bien, hombre, siempre el mismo!

—Sí, por desgracia, siempre el mismo, en un ayuno forzoso; no he comido desde ayer por la mañana. Disimulad mi franqueza; vosotros sois mis hermanos, y sabréis comprender...

—Bien, Juanito, bien. No hace falta tanta excusa. Tú te convidas a desayunar en esta casa, y nosotros, deseosos de disfrutar de tu compañía, accedemos encantados a tu peregrina idea.

—Dijo Marina.

—¿*Peregrina* idea? Más que otro poco. Es una idea que ha recorrido los oídos de todos mis amigos; pero sus bolsillos estaban como los míos. Pensad si es «*peregrina*» mi idea.

Y rió su triste ironía. Entre tanto habían descendido de su observatorio los dos amantes y ella se ocupaba en preparar un tazón de café al bohemio.

Eduardo se acercó a su amigo y le dió un duro que Juanito, no acostumbrado a ver semejante fortuna en sus manos, contemplaba, como quien no está convencido de si sueña o se halla despierto.



—Gracias, Eduardo. Te debo muchos favores, y yo espero que algún día podré pagártelos.

—Bueno, por ahora, come.

Obedeciendo el consejo de su amigo y el de su estómago, engulló en menos tiempo que se santigua un cura loco, el sabroso café servido por Marina.

—La verdad: tienes unas manos para preparar este exquisito brevaje, que para sí las quisieran algunas cocineras profesionales.

—Es que Marina sirve para todo. Mira, ¿ves esas cuartillas escritas? Pues, puede decirse que ella las ha dictado y que yo no he hecho otra cosa que transcribirlas.

—¡Por Dios! Vas a hacer que me ruborice.

—Oye, y tú, Juanito, ¿qué haces ahora?

—Pues... chuparme los labios de gusto.

—¡Hombre, no! Quiero decir si tienes entre manos algún trabajo.

—¿Yo? Sí; hace ocho días empecé una novela; pero me parece que seguirá el mismo camino que las demás; el cesto de los papeles. Es la eterna historia de mis obras. Si algún día, en la posteridad, se acuerdan de mí, creo será para agradecerme los beneficios tan grandes que he hecho, dejando en el silencio las cosas que soñé, las cosas que medité, y las cosas que no escribí...

—Te compadezco, Juanito. Hombre que no tiene ilusiones, hombre que está ciegamente convencido de su fracaso, es un hombre inútil, pues que en sí mismo lleva el fracaso.

—Creo que tienes razón. Comencé mi carre-

ra literaria con muchos anhelos, con muchas ilusiones, con mucho ardor. Amé con locura a una mujer ingrata; un amor insensato, absurdo, pueste que ella moraba otras esferas mil veces más altas que esta en que mi vida arrastro. Mis primeras tentativas salieron frustradas, me engañó ella, como no podía menos de suceder. Y mis obras, que eran el holocausto ofrecido ante el ara de mi amor, también chocaron con el menosprecio y cayeron lentamente, haciendo piruetas cual quisieran mofarse de mi derrota, y sus cenizas cubrieron mi espíritu tal un sudario que envolviera mi alma y mi lira, ahogando las vibraciones de una y otra, sumiéndolas en una postración que de cuando en cuando interrumpen los arranques del amor propio humillado...

Hubo una pausa dolorosa, y después continuó, improvisando:

Yo he visto una tras otra desprenderse  
las hojas ya marchitas de un rosal;  
y he visto de un arroyo evaporarse  
la linfa de cristal...

Y he sentido la angustia mas terrible:  
he sentido la angustia de un mortal  
que ve sus ilusiones marchitarse  
cual hojas de un rosal!

En un nido de pluma construído  
gozaban dos jilgueros sus amores;  
y en su canto al nacer de la mañana,  
entonaban un himno hacia las flores.

Y en tanto que la hembra —madre bella—  
incubaba los tiernos huevecitos,  
el macho revolaba en torno de ella,  
persiguiendo veloz a los mosquitos...

¡Era un cuadro de amor dulce y sentido.  
que formaban los dulces pajarcitos  
amándose en su nido!

Mas una triste tarde el viento fiero  
la rama desgajó que sustentaba  
el nido aquel que tantas ilusiones  
de amores y venturas encerraba.

Y murieron de pena los jilgueros...  
¡Su ideal les faltaba...!

Era bella cual son pocas mujeres.  
Me juró que por mí eran sus desvelos;  
la creí; en el altar de mis amores  
inmolé mi ideal y mis anhelos.

Me engañó, y al faltarme el pedestal  
que en alto sustentó mis ilusiones  
volaron del altar, hechos girones  
mis ensueños...

¡Cual hojas de un rosal!

— ¡Pobre Juanito! — Exclamó Eduardo. — Repito que te compadezco. Haz lo mismo que yo. Mis primeros ensayos fueron desechados, y mis segundos, y mis terceros. Pero yo, que no creo, que nunca creí en el fracaso exterior, sino que lo concibo cual un abandono; más aún, cual una retirada total y vergonzosa de la batalla, seguí trabajando con más empeño y aliento; y he aquí que ya comienzan a fructificar mis desvelos...

— Bien. — Cortó Juanito. — Pero tú eres tú y yo soy yo. Escucha, vamos a dar unas vueltas...

— Perdona querido, pero a las dos tengo que entregar ese trabajo que ves ahí empezado y son pocas las horas que me restan.

— Entonces, abur. Que la Fortuna os son-

ría, y Venus tenga en vosotros los más fervorosos adoradores.

Y después de dar la mano a sus felices amigos salió. Eduardo, cuando le vió desaparecer por la escalera.

—«Tú eres tú, y yo soy yo».... Quizá tenga razón...

---

## CAPITULO III

### Ñoranzas

La primera había retornado consoladora. Las esqueléticas ramas de los árboles, cubríanse con sus galas esmeraldinas, y algunas rosas iban sustituyendo a las humildes violetas. Plantas, animales, humanos, y la Naturaleza entera, parecían solazarse con la vuelta de la florida estación, y advertíase en todas las manifestaciones del Creador, fuerza juvenil y plétora de vida.

Paseaban nuestros dos amigos por debajo de los chopos que en la margen del río formaban rectas avenidas, en las cuales penetraban los rayos del sol, dando un tinte amarillento al césped que cubría el suelo.

Hay momentos en la vida, en que el alma recuerda sucesos extraños, sin poder determinar dónde, ni cómo, ni cuando han acaecido, y que parecen pertenecer a otra vida nuestra, muy lejana, perdida en la obscuridad de los siglos; sucesos tan oscuros y lejanos que, cuando la conciencia quiere apoderarse de ellos, se esfuman rápidamente, siendo imposible después coordinar estas sensaciones.

En otras ocasiones, los mil distintos ruidos que se escuchan, y los perfumes que se perciben, hacen resurgir, sin violencia alguna, otras

escenas, generalmente felices, y nos llenan de una dulzura inefable, como cuando después de un mucho tiempo, oímos el vals, la habanera o el fox-trot, a cuyos sonos danzamos un día dichosos, con la mujer ideal, con la mujer de nuestro primer amor.

Los dos amantes se hallaban en este estado de ánimo, mientras paseaban, las manos enlazadas, y apoyando ella su cabecita de oro en el hombro de Eduardo.

Hablaban muy quedo, susurrando apenas las palabras, cual si temieran que las aguas, las plantas y los pájaros descubrieran el secreto de su cariño. Recordaban cómo se habían conocido, cuando ella vivía con una tía suya en una casa de vecindad, cómo la requebró al principio, cómo después la escribió cartitas acompañadas de sentidas rimas, que tanto gustaban a ella.

Después, sus primeras palabras. Las reconyenciones de su tía al tener conocimiento de los amores de Marina con «un perdido», con un bohemio, y el consentimiento de la pobre vieja cuando comprendió que Eduardo amaba a su sobrina verdaderamente, sin perversas intenciones, con ánimo de hacerla su esposa el día que lograrse un porvenir bueno, seguro...

—Al principio, ¿qué pensabas de mí?

—Pues, ¿qué quieres que pensara? Me parecía que tú serías como todos los hombres; que, apenas logrado lo que yo creía ser tu objeto, huirías de mí, para sorprender a otra desgraciada incauta, que te entregara su amor, su honra, su vida, y después quedara a su vez aban-

donada, mientras tú gozabas tu triunfo y continuabas la cadena de infamias.

— ¡Qué mal te habían hablado de mi!

— No, no es que me hubiesen hablado mal de tí; sino que mi tía, conocedora de la vida, me había hecho ver los hombres al través de un prisma tan terrible, que, dicho sea con verdad, no había por dónde cogerlos...

— Pero tú, gran pescadora, me cogiste bien en tus redes.

— ¡Fanfarrón! Ya quieres que te regale los oídos diciéndote que fuiste tú quien me prendió como a una infeliz tórtola.

— No, nenita, no. No presumo de Tenorio; me basta tu amor; y a pesar de las mofas que tengo que sufrir, yo seguiré siempre fiel a mi promesa, respetándote y venerándote como a una virgen en su altar; y el día, no muy lejano por cierto, que mi triunfo sea el soñado, te haré mi esposa, y entonces, entonces..., mi musa adorada se convertirá en la madre de unos rorros que se agarrarán a mis piernas cuando vuelva cada noche con más laureles y más gloria y más dinero para tí y para ellos...

— Sueños, ¿os realizaréis? Felicidad soñada, ¿te desvanecerás en la negrura del desvío?

— No pienses eso, Mari...

Callaron. Moría la tarde, y cual si quisiera contribuir a dar más romántica majestad a la despedida del día, todo callaba, todo permanecía en dulce silencio, en un religioso recogimiento que embargaba el alma de inefables goces.

— ¿No te parece, Eduardo, que nuestra si-

tuación es un tanto novelesca? La leyéramos en un libro y pensaríamos: «Fantasías de novelista, imposibles, absurdas en la realidad...» Y sin embargo; por una rara excepción, esa fantasía se realiza y la verdad real es dulce, es atrayente.

—Verdaderamente. Y si yo no hubiera extirpado de tu alma los prejuicios y escrúpulos de la sociedad, jamás habrías consentido en vivir en mi compañía como hermanos, siendo como somos dos que se quieren y que se han prometido.

—Sí, la sociedad, es decir, esa parte de la sociedad, meticulosa, hipócrita, intrigante y chismosa, nos señalará con el dedo, nos vituperará, nos infamará; pero, como tú me enseñaste, tenemos una conciencia fiscal de nuestros actos, y mientras esta no nos diga: «haces mal», podemos pasear nuestras miradas tranquilas por esas gentes, que exteriormente son buenas, pero en su interior se encierra un cúmulo de vicios y de odios, que no deja lugar al sentido común.

—Tienes razón. Son como muñecos barnizado; por fuera, que hacen movimientos correctos, rígidos, luciendo la hermosura de sus trajes nuevos y la reluciente pintura de su cuerpo; pero que cuando se les rompe la envoltura, caen, en vergonzosa verdad, la estopa y trapos viejos y sucios de que estaban rellenos... Pero, bueno, y a nosotros, ¿quién nos mete a filósofos?

—Pues es verdad, no me daba cuenta de ello ¡Ja, ja, ja!

Y rieron ambos alegremente su descubrimiento. Eduardo cogió suavemente la cabeci-



ta de Marina y depositó un beso puro en su frente, diciendo :

— ¡ Bendita seas, feliz criatura !

Entraron en el obscuro portal, y al pasar por el cuarto piso, salió a la puerta una mujer de edad indefinible, ni joven ni vieja, con unos lentes que bien pudieran ser del telescopio de un observatorio; vestida de negro, pero de un negro seboso; su traje y toda ella hedían a suciedad y abandono de una manera repugnante.

— Buenas noches, señoritos.—Dijo en tono de letanía.—En su ausencia ha estado un botones de un café preguntando por don Eduardo Brujas, y, al decirle yo que habían salido ustedes, me entregó esta carta para que yo se la diera a usted, en cuanto llegaran.

— Muchas gracias por su amabilidad, doña...  
Perdone, ¿ su gracia ?

— Ruperta de Cardoamargo, servidora de Dios y de ustedes.

— Perfectamente, doña Ruperta; cualquiera cosa que le ocurriera--dijo Eduardo con visible repugnancia—puede disponer lo mismo de Marina que de mí. Adios.

— Adios, señoritos...

Y mientras cerraba poco a poco la puerta de su habitación, por ver si lograba « coger » alguna palabra al vuelo, de Eduardo y Marina, regañaba por lo bajo :

— Gracias a que ya me he enterado de la carta y de los peces que son. ¡ Pues, Señor, está esto bien ! Tener que vivir vecina de unos « arri-

maos» sinvengüenzas. ¡Ay, Santa Mónica me valga, y qué cosas se ven en la vida! Unos jóvenes que parecen un par de cándidas palomas y... y... ¡Zape, gato! Si voy por ahí te rompo la espina con la badila.—Exclamó, suspendiendo su monólogo, al oír que su morrongo estaba husmeando en el fogón el hígado que para la cena había preparado.

—Veamos qué es.—Dijo Eduardo cuando entraron en su pieza, rasgando el sobre. Y después de leer, dijo a Marina, que le observaba todos sus movimientos y gestos: «Me parece que la suerte se nos viene por la ventana. Un individuo, a quien no conozco, y propietario de un periódico que va a publicarse en breve, me cita al café para las diez de la noche, a fin de tratar sobre este asunto. Nada, Mari, que vamos a ser más felices, más felices que los pájaros. Mira; lo que podemos hacer es cenar pronto, para poder llegar a tiempo. Mientras doy fin a este cuento, prepara tú cualquiera cosilla para comer.

Y ambos pusiéronse a trabajar; ella en el hogar y él en la mesa llena de libros, revistas, periódicos y cuartillas, a todo lo cual coronaba un retrato de Marina, que parecía presidir la fragua en que se forjaba el porvenir de los dos. Al levantar la cabeza para coordinar sus ideas, su mirada se extendió por el espacio, creyendo ver al fondo una escalinata de marmol, larga, muy larga, cuya perspectiva se perdía en un horizonte luminoso; y al final, un templo, el templo de la gloria, de cuyo frontón griego ema-

naba un haz de rayos cegadores, entre los cuales se leía en caracteres de oro: TRIUNFO.

Y esta sublime visión de viril esperanza, sugirió en su mente los trabajos y penalidades que había sufrido para llegar al primer peldaño, y los sinsabores que había de experimentar su alma optimista, su alma de bohemio, antes de llegar al último.

Recordó su vida allí en el pueblo, sus estudios, su afición a la literatura. Su venida a Madrid y la vida bohemia que llevaba; después su enamoramiento; la muerte de la tía con quien vivía Marina, y por último la unión de los dos, bajo un mismo techo.

Terminó su ocupación Eduardo; cenaron los dos alegremente y él se despidió de Marina para acudir a la cita.

—Oye, Eduardo: mañana desearía ir al cementerio a depositar unas flores en la tumba de tía. ¿Me acompañarás?

—No sé, querida, si podré. Mañana te lo diré.

—Entonces hasta mañana.

—Adios, Mari. Y ya se iba sin añadir palabra, cuando ella le dijo:

—Pero, oye: ¿Así te vas?

No se fué «así», no, sino que volvió, feliz, sobre sus pasos y le besó, recibiendo en pago un suave ósculo y una mirada tierna, muy tierna, de intenso amor...

Marina quedó haciendo los preparativos para cumplir la promesa que había hecho al morir

su lía, con quien vivía antes de unirse a Edu  
do; promesa que cumplía fielmente todos  
meses.

---

## CAPITULO IV

### La caída

— ¡Oye, **Marina**, Marina! ¡El mundo es nuestro! ¡La fortuna está de nuestra parte! Ven, cariño mío... ¡Qué cercano está el día en que pueda llamarte esposa mía...! — Exclamó Eduardo al volver aquella noche.

— Pero, ¿qué te pasa? Pareces un loco.

— Y rematado; pero hay motivos para estarlo. Figúrate que el señor ese que me ha escrito, es un millonario, y quiere, nada más que por proteger a los noveles y abrirles camino, fundar una revista que única y exclusivamente sea de arte. Pues bien; como él es el propietario y no quiere figurar como director, me ha ofrecido a mí este cargo con un sueldo muy bueno. Este señor acaba de venir de la Argentina. Conoce a casi todos los artistas de España; y al decir artistas, no sólo me refiero a pintores, músicos y literatos, sino a todos los actores y actrices, cupletistas, bailarinas... ¡Chica, estoy encantado de la vida, por poder ofrecerte una cosa mejor de lo que hasta ahora hemos tenido... Pero, ¿no dices nada? ¿No estás contenta?

— ¿Qué quieres que te diga, si todo lo hablas tú? Te digo que eres más bueno que el pan, y que te amo, tanto más cuanto que veo lo que por mí trabajas; pero ten por seguro que, aun pobres, miserables e ignorados, te querría también.

—Tú si que eres buena, esposa mía... ¿Me dejas que te llame así?

—Ya sabes Eduardo que sí, que para mí no hay más que tú; que tú harás de mí lo que quieras; me abandonarás, me olvidarás por otras, y yo siempre seguiré queriéndote.

—No, nena mía, no te olvidaré, no te abandonaré. Ven, ven, que te estreche en mis brazos, que mi cerebro sueñe cosas sobre tu pecho...

Sentóla en sus rodillas; rodeola el talle con su brazo derecho, mientras con el izquierdo acariciaba su blonda cabellera. Apenas podía oírse el rumor melífluo de sus palabras....

El Pecado triunfó.

. . . . .  
. . . . .

—¿Verdad que no me abandonarás?

—No, nenita, no; te querré siempre como hasta ahora, o más si es posible; y sólo trabajaré por tí.

—Y harás bien. Te he entregado todo junto: mi alma, mi cuerpo, mi vida. Y serías muy malo, serías un cobarde si me dejaras deshonrada y olvidada. Pero tú no harás eso, ¿verdad?

—Te lo juro.

Después de un silencio, y como continuando el relato de su buena estrella, o bien para desechiar los temores de Marina, añadió:

—Escucha: además del periódico, he quedado concertado con un maestro compositor, en hacer una zarzuela. Así que mañana mismo empezaré a escribirla, pues ya tenía asunto, y

dentro de dos o tres meses se estrenará; y entonces, entonces, serás mi mujer ante los ojos de Dios y ante los hombres.

—Gracias, Eduardo; me haces un bien muy grande. Mi madre, mi santa madre me mira desde el cielo, y no quiero aparecer ante sus ojos como una perdida, sino como una mujer buena, amante de su marido... Gracias, Eduardo, gracias. Ahora vamos a descansar. Son las dos y media de la madrugada y tú necesitas reponer tus fuerzas para trabajar y mirar de frente al porvenir y al triunfo.

--Adios, Marina.

—Adios, Eduardo.

Y así se separaron para ir a sus correspondientes alcobas. Él pensando firmemente en trabajar por ella, y lavar la mancha que sobre su amante virgen había echado. Y ella, a la vez que confiada en la caballerosidad de Eduardo, presintiendo los dolores de los celos, del abandono, del olvido... Y así pensando rezó a la Virgen y a su madre, suplicándoles no se realizasen sus tristes presentimientos. Entonces fué cuando, acordándose de sus palabras en la alameda, repitió llorosa:

—«Tenemos una conciencia fiscal de nuestros actos, y mientras ésta no nos diga: «Has hecho mal», podemos pasear nuestras miradas tranquilas por la multitud...»

Ella estaba libre de prejuicios y escrúpulos sociales, pero, ¿había obrado bien entregándose a su amante? ¿Había cumplido con su deber de mujer casta, guardadora de su tesoro virgi-

nal? ¡Ah, eso no! Bien claro se lo decía la conciencia:

«Has hecho mal, has hecho mal».

Luego todo lo que dijeran de ella le estaría bien merecido; luego ya no era una mujer honrada, sin mácula. Era otra de tantas, que se había entregado a un hombre sin más fundamento y razón que el de satisfacer su capricho, natural, pero grosero... «Has hecho mal, has hecho mal».

Mas enseguida pensaba que Eduardo era bueno con ella. Apenas pudieran se casarían, y todo quedaría arreglado. Y así en estas alternativas de dolor, arrepentimiento y esperanza, pasó el resto de la noche, sin poder conciliar el sueño, viendo en medio del sopor que la embargaba, la figura de su madre que le decía:

—«Yo fuí buena, fuí honrada, y sin embargo parí una hija sensual, débil...»

—¡No, no, madre mía! ¡Yo procuraré lavar mi deshonor; he sido mala, pero intentaré hacerme digna de ser tu hija...

. . . . .  
. . . . .

El canto de las golondrinas, resonó en los aires como un himno de victoria, y el sol cubrió con su manto dorado de luz el haz de la tierra. Y el mundo, indiferente a la lucha que se libraba en el corazón de Marina, continuó su vida, su carrera y su agitación magníficas, incommovibles...

---



## CAPITULO V

### Amistades

—Oye, Juanito: copia ya esas cuartillas a máquina, y así, iremos mejor. Procura que las copias salgan claras.

—Sí, hombre, sí, todo lo que quieras; pero abre tu petaca y déjame llenar la boquillita.

—¿Boquillita has dicho, guasón? Si parece un tonel...

Y Juanito, con su ademán casino, llenó la enorme pipa pausadamente, con aires de viejo de cuerpo y de alma. Sus ojos estaban tristes, y miraban a todas partes lánguidamente, para fijarse después con insistencia en una cosa cualquiera que no veía; se abstraía en sus pensamientos y, a veces, le sacaba de su ensimismamiento, el ruido que la cachimba hacía al caer-se al suelo. Entonces, cual si despertara de un sueño restregábase los ojos y miraba a todos con gesto de idiota.

Al presente se hallaba en casa de Eduardo. Desde que se publicó el primer número de «El Novel», y Eduardo comenzó a percibir el sueldo, puede decirse que Juanito disfrutaba de una vida regalada. Hubiera deseado que sus amigos habitasen un segundo piso elegantemente amueblado, con todas las comodidades apetecidas, pe-

ro hubo de conformarse con vivir en la amable buhardilla, nido donde habían empezado a fructificar los desvelos y trabajos de Eduardo, el cual había tomado tal cariño a aquel cuchitril, que no cabía en su cerebro la idea de otro mejor.

Después de dar la primera «chupada» comenzó Juanito a copiar las cuartillas de la nueva obra de Eduardo. El libro de una «zarzuela grande» que había de ser su primer triunfo público y que había de cambiar diametralmente el aspecto de su vida. Habíala principiado hacía pocos días, después de mil ensayos y titubeos para la tramazón de la obra, cosa que le costó no poco tiempo, porque, si bien tenía escritas algunas comedias en prosa, ahora era de distinta índole lo que debía escribir.

Era una zarzuela «de peso», con completa armonía y belleza literarias, amén de las demás cualidades que precisa una obra para ser buena, como son la gracia, elegancia en los conceptos y pensamientos, oportunidad en las acciones, definición de caracteres, etc., etc.

Así que fué ardua tarea la que hizo para llegar al pleno conocimiento y dominio de lo que trataba de resolver. Pero su espíritu optimista, su voluntad férrea y su amor al arte y al trabajo, junto con sus nobles ambiciones, todo esto, digo, hizo que triunfara de sí mismo y de que lograra su objeto.

El maestro compositor le visitaba con frecuencia y leía sus cuartillas a fin de ir buscando motivos para la música; y quedaba sumamente

omplacido al ver la belleza de la obra, y la armonía de sus versos, que le permitirían hacer una labor musical delicada y buena.

—¡Pero, chico! Cada vez estoy más maravillado de las cosas tan bonitas que dices y de lo bien que escribes. Retratas un personaje, y después, en el diálogo y en la acción, aunque no se viera el nombre del que habla o del que hace, se podría conocerle perfectamente. De esta hecha, una corona de laurel.

—No tanto, no tanto, caritativo crítico—respondió Eduardo a Juanito. Si consiguiera eso que dices y la obra fuera de buen gusto y de interés, ya podía darme por satisfecho.

—Pues, nada, lo dicho. Eres grande, Eduardo. Yo te admiro y envidio tu fuerza de voluntad... Y quisiera imitarle, pero no puedo, no puedo. He sido un insensato al querer torcer mi destino haciéndome poeta, cuando sola y exclusivamente había nacido para chupatintas o pastor.

—¡Pero, hombre! ¡Siempre con la misma cantinela! Trabaja. Escucha: Napoleón decía que para hacer la guerra necesitaba tres cosas: dinero, dinero y dinero. Y yo te digo que para lograr el fin que nos hemos propuesto se necesitan asimismo tres cosas: voluntad, voluntad y voluntad...

—¡Bueno, déjame que siga copiando. Estoy conforme con tus doctrinas, pero no puedo seguirlas; los umbrales de ese santuario que llamo Trabajo, no los puedo pasar.

—¿Se puede pasar?—Dijo doña Ruperta entreabriendo la puerta.

—Yo no.—Contestó Juanito siguiendo con su idea.

—Tú, no; pero doña Ruperta sí.—Arguyó Marina riendo a carcajadas.

—¡Jesús, que alegres están ustedes! Así siquiera da gusto; lo que es en mi casa no se oye una mosca. Lo único, cuando reniego con el gato, con mi Chilín, y esto, sólo cuando me roba alguna chuleta. Pero, ¿aquí? Aquí parece que todo sonrío.

—Sí, señora, todo sonrío, todo es franco, alegre y bullicioso.

—Todo menos yo, Eduardo—adujo Juanito.—Yo soy la nota cómico-trágica de todas las cosas.

—Bueno, Juanito, no empieces.—Protestó Marina.—Usted, doña Ruperta, ¿quiere esperar un momento? Estoy hilvanando las mangas y enseguida termino, y después la probaré.

—Con mucho gusto; ya sabe usted que nunca me enfado por tan poca cosa, con tal que para las cinco esté libre, porque tengo que asistir a la junta de la Asociación de Damas Cristianas a que pertenezco.

—Bien está; así me gusta—usted entiende la vida...—Dijo Juanito.

—¿Qué voy a hacer? Pasaron para mí los años de la ilusión. He sufrido muchos desencuentros y... claro está, ya que la salvación del cuerpo no me es posible, atiendo a la de mi alma

y a la de esos pobrecitos. No pienso en otra cosa.

—Pues, en sus tiempos debió ser usted una real hembra. Claro está que no quiero decir con esto que haya desmerecido usted en nada. Y aún creo que un músico mayor retirado la sigue los pasos y la asedia amorosamente...

—¡Por Dios, Eduardo, que me voy a ruborizar! Ya, a mis años, no hay que pensar en tal cosa. Allá en mis buenos tiempos... sí, algún amorcillo pasajero y algún otro amor duradero tuve. Pero su dulzura—y entornaba los ojos melancólicamente—se convirtió en acíbar, dejándome muy amarga la vida.

—Cuenta usted, cuente, que ya nos tiene intrigados.

Dofia Ruperta, como buena beata, hablaba hasta por los codos y gustaba de referir sus amores, sus ilusiones, sus desengaños, «solamente para aviso de los jóvenes», remozándose con ello y colocando al final de su relato una moraleja para los inexpertos, que todo lo ven, es decir, que todo lo vemos de color de rosa. Así que, sin hacerse rogar, relató el último y el más dulce-amargo de sus amores.

—Era un joven gallardo, guapo, simpático. Nos conocimos en una boda. Me juró, como hacen todos los hombres, que me amaba con locura, que si no le correspondía moriría de pena..., en fin, todas esas dulces sandeces que se dicen. Le correspondí, llegando a quererle como nunca había querido ni querré. Nuestros idilios eran tiernísimos. Y ya soñaba yo con

ser su esposa cuando, de la noche para la mañana, cambió por completo su manera de portarse conmigo. Yo lo noté, pero no quise darme por entendida, pensando que algún contratiempo le hacía mostrarse tan indiferente hacia mí. Pero viendo que no volvía a su antiguo cariño, le interrogué acerca de su desvío. Entonces, con mil lamentos y lágrimas me dijo que estaba en la certeza de que yo no le correspondía como él merecía. A mis protestas sobre esta acusación, me pidió la prueba palpable de mi amor; ustedes me comprenden—dijo ruborizándose.— Yo ante todo era una mujer honrada y traté de demostrarle mi amor de otra forma que no fuera la por él solicitada; pero el muy canalla no buscaba en mí a la esposa, sino a la querida, instrumento de sus placeres, y me abandonó. Yo le perdoné. Después supe que hizo lo mismo con otra desgraciada, la cual, anda por esas calles vendiendo su amor a todo el que quiere comprarlo. Por eso las jóvenes deben pensar que tras las caricias del novio que las jura amor, se esconde quizá su deshonor y su desgracia; y deben también procurar descubrir las artimañas del zorro...

—La verdad que es triste ese desenlace.

—Si hubiera sido usted su protagonista, seguramente le parecería más triste todavía; pero, en medio de todo, estoy contenta porque supe resistir la tentación del demonio, y ahora tengo la conciencia tranquila.—Dijo la beata recalcando estas palabras.

¿Sería una alusión a ellos?—Pensaron Ma-

rina y Eduardo, mirándose.—Pero, no, no podía ser; ella no podía estar enterada de nada; y siendo así, en manera alguna aludiría a los dos amantes. Sin embargo, ¿no sería quizá una advertencia a ella, advertencia que por desgracia llegaba tarde? Y enseguida se renovaron los temores de Marina. Quizás hiciera Eduardo con ella lo que hizo el novio de doña Ruperta... Ya se veía abandonada, dando su cuerpo por un poco de pan, maltratada por los hombres, escarnecida. Pero después, la esperanza renacía de nuevo, y se decía: «Cá, Eduardo no es como los demás hombres; no me abandonará».

Eduardo, por su parte, pensaba que él no haría lo que «el otro». El la amaba y la amaría siempre.

Hubo un silencio doloroso. Marina hilvanaba y se pinchaba los dedos. Eduardo fumaba nerviosamente. Juanito se reía, con una risa triste y melancólica. Y doña Ruperta repasaba un figurín como si no hubiera dicho nada de particular.

—¡Caray! ¿Os habéis quedado mudos?—  
Dijo al fin Juanito.

—No, pero algo parecido.—Respondió doña Ruperta, indiferente.

—Pensaba que no escribo más hoy. Mira, Juanito: lo que podemos hacer es marchar a Jver la exposición de Leocadio.

—Bueno, veré un triunfo más de otro.

—¿También envidias, Juanito?

—No, Eduardo, no es envidia. Es que me duele mi fracaso...

—No hagas caso, ya triunfarás.

Y no pensaba Eduardo que sus palabras eran parcialmente proféticas.

—Entonces, dejamos a ustedes con sus vestidos; es decir, los vestidos que están confeccionando.

—Adiós, señores artistas.

Ya en el portal, volvióse Eduardo hacia su amigo y le interrogó:

—Oye, Juanito, ¿qué te parece esa solterona?

—Muy sebosa, hablando seriamente.

—¡Hombre...!, no te salgas por la tangente. Te pregunto qué te ha parecido, qué te ha parecido en su forma de ser...

—¡Ah, vamos! Pues, nada, que es una solterona fea y beata, y por consiguiente muy terrible si no se le sabe capear.

—Creo que a Marina le há impresionado mucho lo que ha dicho.

—Tal vez; pero tú, que eres un hombre de verdad, no debes dar importancia a esas tonterías. Tú cumple con tu deber, realizando lo que has prometido a Marina... y dame tabaco.

—Me tranquilizas; yo me he renovado esa promesa hace unos momentos, pero necesitaba de tu franqueza. Toma, fuma.

—Yo, la verdad; pienso que nunca debías haberte deslizado tanto; pero puesto que lo has hecho, si quieres parecer bueno a la vista de las gentes honradas, y sobre todo a tus ojos, rehabilita la honra de Marina.

—Sí, Juanito, sí. Apenas se estrene la obra



me caso con ella y ya me desligaré por completo de la bohemia. Será muy pintoresca su vida, pero quiero colocar en otro nivel a Marina.

—Haces bien y esas ideas te honran, aunque bien es verdad que ya no perteneces a nuestra cofradía de bohemios.

Callaron. Siguieron caminando y a los pocos minutos se hallaron en la exposición.

—¡Caramba, Eduardo y Juanito! ¡Cuánto tiempo sin veros! No os acercáis al bar.

—Es que ahora somos burgueses.—Contestó Juanito.

—¡Qué quieres! Cada día se dispone de menos tiempo.

—No, querido, es que conforme vamos subiendo tiramos a puntapiés las escaleras que nos han sustentado en nuestra ascensión.—Dijo Leocadio.

—¿Crees, Leocadio que lo mío es orgullo? Ya sabes que ni soy orgulloso ni tengo por qué serlo.

—Era una broma. Pero, escucha: no veo en ello ninguna culpa, y te perdono el olvido tuyo hacia nosotros, acordándome del querubín que te acompaña en esta vida.

—En cuanto a eso, puede ser que tengas razón, Leocadio, porque este Eduardo está más enamorado que un tórtolo. Bueno, pasando a otra cosa: haz el favor de enseñarnos tu pinacoteca, que diría nuestro querido literato.

—Con mucho gusto. Mirad, este cuadro que veis es el que más trabajo me ha costado; tiene

mucho estudio. Lo he vendido en tres mil pesetas.

— ¡Buen bocado, tunante! Muchos negocios como este y... burgués.

— No, Juanito; siempre pintor, siempre artista, siempre bohemio.

Vieron algunos cuadros y se detuvieron ante una copia de Rubens.

— Yo poco entiendo de arte pictórico, pero me parece que esa es «La Diosa Flora», de Rubens, ¿no?

— La misma. Y allí tenéis el último cuadro que he pintado: retrato de mi «mocica».

— Oye, pero si es madrileña, ¿cómo ha de ser «mocica»?

— Sí, pero yo no soy «gato», sino navarro.

— ¡Ah, vamos!

Y siguieron viendo y hablando de los lienzos de Leocadio, navarro castizo; uno de tantos que había emigrado de su país natal en busca de horizontes más amplios para su arte, y del anhelado triunfo.

Después que terminaron la visita de la exposición, se encaminaron al bar «La Bohemia», donde se encontraban sus amigos y compañeros de luchas.

— ¡Adios, Eduardo! Ya era hora de que te viéramos. Como se conoce que subes, porque olvidas a los pobres que permanecemos ignorados.

— No os olvido, queridos. Antes bien, estos lugares me son muy amables porque ellos encierran la memoria de los días que jamás vue-

an de mi imaginación, que jamás volarán, ya que tienen para mí una fragancia especial que me hace revivir mi pasado bohemio y de lucha con el hambre.

--Bien, hombre, bien. Escuchad: para conmemorar esta «vuelta a medias» del hijo prólogo, vamos a beber.—Dijo Juanito.

Y, naturalmente, todos conformes, bebieron brindando en honor de Eduardo.

--Eduardo—dijo Rufino.—¿Cuándo estrenas tu primera comedia?

—No sé, chico. Creo que será de aquí a unos meses o mes y medio. De todos modos, se os invitará a un palco a todos.

—¡Eso es!—Exclamó Juanito.—Alguna vez ha de estar la «claque» en las localidades distinguidas. Porque supongo que, aunque la obra no fuera buena, cosa imposible, tratándose de quien se trata, aplaudiríais con todas vuestras fuerzas, es decir, con todas vuestras manos...

—¡Oye, tú, melenudo! ¿Cuántas manos crees que tenemos?—Prorrumpieron todos a una vez.

—Perdón, señores bimanos. No creí ofenderos con mis palabras. Bebamos para que se borre el rencor que hayan podido inspirar mis manifestaciones plausibles.

--¿Plausibles has dicho?

--Precisamente, puesto que hablaba de aplausos...

—¡Toma, chisticida! Eso es imperdonable. Que nos hagas chistes, pase; pero que nos des soporíferos... eso, no, ¡caray! No hay derecho a maltratar a los oyentes.

—Calma, señores, calma. No volveré a abrir la boca para decir más chistes, y, así, no podréis quejaros.

—Al contrario, insigne chistólogo.—Dijo a esta sazón don Braulio.—De esa forma nos privará usted de unos cuantos buenos ratos.

—Gracias, amigo don Braulio. Gracias también a Dios, que he encontrado una persona en este mundo que me comprenda. Si todos los hombres fueran don Braulio, no sería yo un hampón.

Pagó el gasto Eduardo y, despidiéndose amistosamente de todos, salieron los dos amigos del bar y cenaron en casa del futuro comediógrafo.

A las doce se despidieron.

—Adios, hasta mañana. Me voy a dormir.

—Adios, Juanito—respondieron Marina y Eduardo.

Y cuando salía a la calle, dijo Juanito dirigiéndose a sí mismo con voz entre irónica y doliente:

—Juanito, vete a hacer el amor a la luna y a plancharle las espaldas en un banco...



## CAPITULO VI

### El estreno

— ¡Dame un abrazo, Eduardo! No podía resistir por más tiempo sentado en la butaca, sin estrecharte en mis brazos... ¡Vaya un exitazo! Está el público entusiasmado, delirante de admiración. ¡Enhorabuena, querido, enhorabuena!

— Gracias, Juanito. Te agradezco tu sincero aplauso. Tú que me has visto trabajar para conseguirlo, no puedes menos de hablar así.

— Chico, la pobre Marina está que no cabe en sí de gozo; no sabe a dónde mirar ni qué hacer. Canta, ríe, llora...

— ¡Pobrecilla, es un ángel! Te aseguro que ni yo mismo sé darme cuenta de lo que me pasa. Cuando soñaba con mi triunfo, ya me parecía estar ante el público, que me aclamaba frenético. Y me veía luego entre bastidores, con mis amigos, gozando hasta apurarlo mi triunfo. Pero ahora, en la realidad, no me doy cuenta exacta de lo que me sucede. Tan pronto pienso que acabo de nacer como me parece que voy a morir...

— Enhorabuena, Eduardo. No sabes con qué gusto veo tu victoria. En primer lugar, me alegro, porque así callarán muchas bocas envidio-

sas que, a tí te tendrán sin cuidado, pero son muy malas. Y en segundo lugar, porque al fin ves realizado el sueño de toda una vida... Bueno; que tocan la tercera llamada, y no quiero perder ni una sílaba. Hasta luego.

Y, mientras Juanito iba a ocupar su asiento, Eduardo quedó pensativo, gozando su triunfo, es decir, el principio de su triunfo, sin acertar a comprender concretamente lo que le sucedía; su cerebro no tenía la suficiente fuerza para aquilatar, medir y ordenar las sensaciones de aquella noche, en que por vez primera, se encontraba en el escenario de un teatro, espectador de su propia obra; contemplando con atónita mirada, cómo todo el mundo, actores, escenógrafos, músicos, tramoyistas, quizá sin darse cuenta, obedecían las órdenes de sus líneas, contribuyendo a su gloria. Hubiera querido estar solo, completamente solo, para haber hablado en libertad consigo mismo; pero no le era posible; los actores, las actrices, los satélites de éstas, los Niños de la Prensa y demás parásitos de «entre bastidores» hablándole todos a la vez, se lo impedían.

De pronto, una voz vibrante, sonora, de cálidas armonías, vino a sacarle de su estado, obligándole a mirar, por la centésima vez, a la primera actriz de la Compañía; una mujer alta, rubia, de ojos castaños, de mirar dulce y apasionado.

Desde los primeros ensayos de la obra, Eduardo habíase fijado en ella, experimentando una sensación extraña, sobre todo, cuando, con

voz doliente, cantaba un ária, en la que ponía todo su arte, toda su manera divina de decir las frases. El sentía un vago temor ante ella, y, sin embargo, una atracción y un presentimiento íntimos le hacían pensar que aquella mujer había de influir grandemente en su vida. La temía y la deseaba.

Y, ahora, en el apoteosis de su delirio de artista, al escuchar el ária romántica, suave, llena de nostalgias, la voz de la actriz penetraba en sus oídos como un himno de amor, como una invitación al amor, diabólica y atrayente, haciéndole ver la diferencia entre las dos mujeres: Marina, buena, inocente, muy mujer de su casa, cariñosa... ¡Pero vulgar! En cambio la otra, la artista, Azucena, ¡qué encantos encerraba, qué belleza tan excepcional, qué ritmo en su lenguaje, qué alma tan sensitiva! Alma que tenía algo de divino y algo de diabólico; algo de elevar a los hombres con grandes ideales, y algo de malignidad para aplastarlos con sus laureles riendo mientras pisoteara sus cabezas y ellos se revolvieran con una mueca trágica y ridícula de muñecos de trapo...

Eduardo veía el abismo del corazón de aquella mujer que arruinaba millonarios y enriquecía a mendigos y hampones, y se dejaba resbalar suavemente, con los ojos cerrados, en un supremo marasmo de deleite.

Al final del primer cuadro, cuando aclamado por el público, fué llamado a escena, sintió, al contacto de la mano fina y cuajada de alhajas de Azucena, un algo así como la borrachera

caótica que deben sufrir los agonizantes. Los aplausos de la gente le parecieron zumbidos de abejas monstruosas que en desenfrenada danza revolotearan por sus oídos. Pero, al mismo tiempo, sintió que los aplausos no eran sólo para ella y para él, sino también para el maestro autor de la música; y, por un momento, hubiera deseado ser el que había concebido las dos cosas.

Al terminar el segundo cuadro, se repitió la misma escena con idénticos pensamientos. No quiso bajar a ver a su amante; quería aprovechar todos los instantes para contemplar a Azucena; y a todos sus admiradores repetía una y mil veces sus alabanzas hacia aquella «Diabla Blanca».

Y cuando al finalizar la obra cogió entre la suya febril la delicada y fría mano de la atriz, no pudo menos de oprimirla y decir quedo, muy quedo:

— ¡Le amo, Azucena, le adoro!

Esto para el público pasó inadvertido, como pasan inadvertidos los dramas reales de los que se dedican a crear y a representar farsas y dramas falsos, espejos quizás, de sus vidas errabundas. Pero no le sucedió lo mismo a Marina; había entreadivinado, con su claro instinto de mujer, algo de lo que ocurría.

Eduardo hubiera querido no separarse más de Azucena; haber cenado con ella, haber celebrado su triunfo con una noche de amor; pero le retenían, a pesar de la franca confesión de su amor, que no pudo reprimir, las palabras



que había dicho a Juanito: «cumpliré con mi deber».

Despidióse de ella con torpe cortesía y Azucena correspondiéndole con una sonrisa que era la expresión de su orgullo de mujer conquistadora; y él tomó la sonrisa como un signo de amor, de que ella le amaba vanagloriándose de los dos triunfos de la noche.

Sus amigos le esperaban en el pasillo, y, cuando salió para reunirse con Marina, una salva atronadora sonó de sus compañeros; aplausos que muy pronto hallaron eco en el público que por aquella parte se dirigía a la puerta.

A la sazón salía Marina con la señora Ruperta y Juanito, del patio de butacas. Al verla, Eduardo sintió, como si le quitasen un peso de encima, un bienestar tranquilo, dulce.

— ¡Marina!

— ¡Eduardo!

Dijéronse a un mismo tiempo, cogiéndose de las manos. ¡Cuántas cosas habíanse dicho con aquellas dos simples palabras! ¡Cuántas emociones contenían!

— ¡Magnífico, chicos, magnífico! — Exclamó Juanito chupándose el dedo. — Miraos tiernamente, y, mientras tanto, este pobre amanuense, comiéndose las tripas y haciendo el rorro.

En tanto, sus amigos habíanle rodeado, y como obedeciendo a una orden, cogieron a Eduardo en alto y lo sacaron en hombros hasta la calle. Pretendían llevárselo de juerga a un nuevo «cabaret», a donde asistían «Venus a granel» y donde se bebía un champán muy

bueno; pero Eduardo, deseoso de concentrarse en sí mismo, pretextó una ligera indisposición, y dando unos cuantos billetes a Juanito para que todos gozasen de aquella venturosa noche, despidióse de ellos.

Entonces, en la calle, ya solitaria, prorrumpieron los bohemios en un sólo grito:

— ¡ ¡ Viva Eduardo!! ¡ ¡ Viva la Bohemia!!

Y Juanito enseñando el dinero, dijo:

— ¡ Qué tontos sois! Gritáis viva Eduardo y viva la Bohemia, sin contar con que ni él ni élla os pagarán la juerga, sino yo... ¡ Viva yo...! ¡ Y ahora, por ingratos, suprimo la fiesta!

— ¡ No, no! ¡ ¡ Viva Juanito!!

En el silencio de la noche se separaron aquellos seres tan felices; los unos en busca del vino y de las mujeres con qué divertirse; y los otros, buscando la soledad apacible y serena de su hogar.

---

## CAPITULO VII

### Rosa abandonada

No cabía duda, no: Eduardo la engañaba; Eduardo ya no le quería como antes; ya no trabajaba por ella y para ella; sus ojos no eran ya el espejo en que él se miraba y donde encontraba la paz para su alma.

Ya no le diría palabras dulces, preñadas de tiernos sentimientos y de consoladoras promesas.

¡Ah, todos los hombres eran iguales, todos; sin excepción alguna! Razón tenía doña Ruperta. Y la «otra», la artista, ¡cómo se reiría de su simplicidad de mujer casera!

En el estreno de la obra había María entreadivinado algo; pero quiso engañarse a sí misma; quiso taparse los ojos y no ver, apesar de las advertencias que en el teatro hiciérale la beata.

Después notó en él cierto despego que contrastaba notablemente con su zalamería de antes. El ensimismamiento en que caía a veces, su mal humor insoportable... ¡Qué claro veía ahora todo! ¡Con qué diafanidad de cristal veíase enamorada, primero; engañada después, convertida en su concubina más tarde, y por último, abandonada y despreciada, por una mala mujer que lo llevaría a la ruina, en tanto que ella le había hecho feliz...

El corazón de Marina era demasiado bueno, para abrigar rencor alguno. Antes bien, sentía una angustia íntima y un deseo de perdón para él y para la «otra». Por un momento brilló en su cerebro la idea del suicidio; pero, ¿no era una cobardía? Sí. Hubiera querido achicarse, disminuir, esfumarse para no ver ni oír ni sentir, confundida en un caos. Mas no era posible: era preciso resignarse a vivir... ¡Terrible palabra! ¡Vivir sin vida; arrastrar una existencia sin norte, sin ideal que la animara a seguir luchando... ¡Era espantoso, horrible!

Así discurría Marina pocos días después del estreno de la obra de Eduardo. De su ojos brotaban amargas lágrimas que enrojecían sus mejillas y humedecían la labor que estaba haciendo.

Oyó pasos en la escalera y se enjugó los ojos tratando de ocultar su llanto. Abrióse la puerta y penetró Eduardo. Diríase que había crecido y adelgazado en pocos días. Estaba taciturno, preocupado con la cara fosca; al entrar apenas si saludó. Pero luego, advirtiendo en Marina señales de que había llorado, dijo:

—Mari, tú has llorado, ¿qué tienes?

—¿Yo? Nada. Es que he estado picando cebolla para la tortilla, como a tí te gusta, y me ha hecho llorar.

No respondió nada él. «Ha estado picando cebolla». ¡Qué ordinariéz, qué vulgaridad! Su Dulcinea no era otra que Aldonza, con hedor de cebollas y de estiércol. En cambio Azucena... —Pensó. Y luego, como si quisiera afrontar de un sólo paso lo que había decidido, exclamó:

—Marina, tengo que salir de viaje. La Compañía que ha estrenado mi obra, quiere realizar una «tournée» antes de finalizar la temporada; y, como mi obra es la de batalla, me ha manifestado el Director que es conveniente para ellos y para mí el que yo les acompañe por provincias. Es cuestión de mes y medio.

Y como si quisiera satisfacer de algún modo su culpa, añadió:

—Después, vengo y nos vamos tú y yo a veranear al Norte, ¿qué te parece?

—¿A mí?, bien. Después de todo tú eres el que dispone. Eres libre.

—No es eso: es que debes estar de acuerdo conmigo en que es necesario mi viaje, para hacerme conocer y sentar fama; que una vez conseguido esto, ya vendrá con poco trabajo lo demás.

—Lo demás, lo demás... Y, ¿qué es lo demás?

—No quieres comprenderme.

—¡Ah, claro! Tienes razón, no quiero comprenderte. La «otra» te comprende mejor...

—¿Qué dices, chiquilla? Tú estás loca.

—No estoy loca, no. Hace un momento, cuando has entrado, me has preguntado qué tenía. Pues bien; a tu falsedad e hipocresía corresponderé con franqueza; eres muy cruel, Eduardo. No tienes corazón para mí. He sido tu juguete, el instrumento de tu placer. Te he entregado mi alma, mi cuerpo, mi vida, mi honra, mi reputación de mujer buena, y tú, no

contento con unirte a otra, quieres pisotearme, maltrarme con tus hipocresías.

—Escucha, Marina...

—No; si ya sé qué me vas a decir: que soy una chiquilla, que no tengo juicio, que hablo por mis celos infundados... No, Eduardo. Al principio me puse un velo para no ver la traición, y me tapé los oídos para no oír los latidos del corazón. Pero ante la evidencia es inútil todo engaño, toda ilusión... Sin embargo, te perdono y deseo que no te hagan el daño que tú me haces.

—Nada, está visto. Contigo no se puede hablar; al momento te subes a la parra. ¡Qué carácter tan irascible el tuyo! ¡Ni que yo fuera un verdugo para tí!

—Escucha, Eduardo: no hables así porque me hieres más. No busques pretextos; márchate si quieres, haz tu gusto, crece, triunfa. Yo te perdono. Nave que sales del puerto, quizás el huracán de la vida rompa tu arboladura, y dando tumbos, deshecha, derrotada, seas devuelta a mis playas, para que yo pueda recoger los despojos que deje de tí esa hidra que se llama Vida.

Eduardo no respondía palabra. Parecía un reo ante los jueces, oyendo las acusaciones del fiscal, pero sin abogado que lo defendiera. El comprendía que las últimas palabras de Marina eran algo así como una sentencia profética; pero podía más en él el deseo ardiente que había despertado en su alma aquella otra mujer, la

que interpretaba sus versos como nadie, la que le atraía y le causaba miedo, la «Diablesa Blanca», que todas las razones.

Llamaron suavemente a la puerta y, a poco, entró doña Ruperta, pidiendo una chispita para hacer lumbre en su casa. De seguro que había estado escuchando detrás de la puerta, como tenía por costumbre. Solo así se comprende que supiera ocultar la sorpresa que, de otro modo, hubiérale causado el ver los rostros de sus amigos. Ella llorosa, las mejillas encendidas, en sus labios un rictus de angustia, de desprecio, de perdón; y él cabizbajo, pálido, los ojos clavados en un punto del suelo, golpeando nerviosamente con los dedos la mesa de la máquina de coser.

Esta visita sirvió de coyuntura a Eduardo para buscar un escape. Le ahogaba aquella atmósfera; las palabras de Marina zumbaban en sus oídos, le martillaban la cabeza. Pero estaba dispuesto a dejarle y marcharse con Azucena.

Salió a la calle. En el paseo del Prado encontróse con la tiple, que, no teniendo función, iba paseando y haciendo compras para el viaje, que se verificaría el siguiente día por la tarde. Eduardo olvidó en un momento la escena habida con Marina. Junto a Azucena todo era nada.

Aquella noche no durmió en su casa. No habría podido respirar el mismo aire que la mártir, ni oír su respiración entrecortada por los sollozos. Y al otro día, después de despedirse de Juanito y de Marina, prometiendo a ésta,

con todo el cinismo, su pronto regreso, se reunió con la farándula y emprendió el camino de una nueva vida, dejándose resbalar por el precipicio.

Y en tanto que gozaba al lado de su nueva amante en un departamento de primera clase, en una buhardilla miserable lloraba la mártir su desgracia; Juanito buscaba inútilmente una frase con qué consolarla, y doña Ruperta maldecía de todos los hombres.



## CAPITULO VIII

### Pristeza : Gonsolación

A la huída del traidor, había sucedido un estado de ánimo a Marina, imposible de describir. El idioma más rico, manejado por el mejor literato, resultaría impotente para poder expresar con fidelidad, el decaimiento moral y físico que sufría a la sazón la ex-amante de Eduardo.

Las grandes catástrofes sentimentales, inmediatamente de acaecidas, dejan en un estado tal, que es imposible todo discernimiento por pequeño que sea. El mundo entero nos parece un páramo inmenso que tenemos que atravesar bajo los fundentes rayos de un sol abrasador. La tierra parece, a veces trepidar a impulsos de un estremecimiento igneo, apocalíptico. Y al final de tan desoladora perspectiva, divísase un horizonte gris, recortado por las negras siluetas de unos cipreses altos, fúnebres, llorosos. El alma, ante tamaña visión, se sobrecoge de terror y siente miedo de vivir. Los seres que nos rodean se nos antojan genios del Mal, que nos miran con arteras intenciones...

Marina, en los primeros momentos, había experimentado todo esto; pero, después, sobreponiéndose a su dolor, habíase dicho que era preciso trabajar a toda costa; y trabajaba para aturdirse y no pensar más en su pena. Inútilmente. Hasta las cosas más pequeñas le re-

cordaban su amor. De cuando en cuando, levantaba la vista de su labor y recorría con melancólica mirada todos los objetos que le eran tan familiares, antes llenos de alegría; al presente no eran para ella más que cosas sin alma que únicamente le hablaban de su felicidad pasada. En una de estas interrupciones de su trabajo, sus ojos se posaron sobre un libro que permanecía abierto, tal como lo dejara Eduardo, y vió cómo la casualidad había hecho que en la página visible se cristalizara su situación.

«Hojas del árbol caídas  
juguetes del viento son;  
las ilusiones perdidas  
son hojas, ¡ay! desprendidas  
del árbol del corazón».

. . . . .  
. . . . .

—¿Se puede pasar, Marina?—Decía algún tiempo después, Juanito, abriendo la puerta.

—Sí, hombre. Tú siempre tienes permiso.

—Gracias... ¡Vaya! Hoy también hemos llorado. ¿No le dije a usted, señorita, que quedaba terminantemente prohibido llorar? Pues, ¡sí que obedece la muy insolente!

—Y, ¿qué le voy a hacer, Juanito? Si el único consuelo que me queda es el llanto...

—Porque quieres. Ya sabes que Eduardo prometió volver y...

—Bueno, calla. No agrandes más la herida. Estoy desesperada; parece que estoy dejada de la mano de Dios; todo se conjura contra mí, y

no está lejano el día en que me faltará trabajo y qué comer.

— ¡Contra, Marina! No te desanimes; todo se arreglará...

— Eso dices tú; pero la realidad es muy distinta. Para todo el mundo no soy más que una perdida vulgar, abandonada de su amante. Quiero trabajar, quiero redimirme; pero las puertas se me cierran; el pan se me niega; todos conocen mi situación y aún me pisotean. Voy a hablar con amigas antiguas mías, y ellas aunque sean unas rameritas de oficio, parecen escupirme a la cara la burla y el escarnio. «¿Quieres vivir?, trabaja. ¿No tienes trabajo? ¡Vende tu cuerpo!» Y esto es desesperante, pero no hay otro remedio. Tendré que mendigar un trozo de pan a cambio de mis caricias.

— ¡Eso, no, Marina!

— ¡Eso, sí, Juanito! Tenía que suceder. Me puse en la pendiente y el mundo me empuja hasta que llegue a lo más profundo del lodo.

— ¡Eso, no; repito! Aquí estoy yo, que te amo como a mi hermana, para ofrecerte lo poco que pueda ganar. Trabajaré, lucharé, subiré la pendiente espinosa de la Vida, clavaré las uñas hasta ensangrentarme las manos, y, quizá lo que no he conseguido para mí lo logre para tí. ¡Te lo juro por Dios!

— No, Juanito. No quiero que por mí te sacrifiques. Ya me sacrificaré yo; pediré otra vez trabajo por todas partes y, si no lo consigo, imploraré una limosna de puerta en puerta por el hijo que llevo en las entrañas.

—¿Qué dices? ¿Acaso...? ¡Oh, sería horrible!

—Pues es cierto. Y al sentir agitarse en mi cuerpo otro ser que lleva mi sangre, he llorado de coraje, y he maldecido del mundo, de mí misma, de ser tan malos como somos; de cometer faltas que muchas veces no podemos reparar y de que esas faltas son como el estigma que llevan los hijos nacidos de ellas. Ha brotado en mí el amor de madre y ya estoy dispuesta, cual leona en celo, a clavar las uñas al que ose hacer daño a mi hijo; trabajaré para él, y el día que nazca le enseñaré a amar a su padre, a venerarlo, por ser su padre, aunque quizás cuando sea hombre se avergüence de su madre.

—Ahora sí que juro ayudarte. Eso te enaltece, eso te redime, eso te sublimiza. Trabajemos los dos juntos.

—Gracias. Trabajemos, sí. Y si algún día los vaivenes de la vida trajeran derrotado y maltrecho a Eduardo, le abriremos los brazos, y yo le daré su hijo porque es suyo y le pertenece.

Y mirando al cielo permaneció unos instantes, como si orase a aquella Madre consoladora..., y a sus ojos asomaron temblorosas dos perlas.

También Juanito lloraba. Estaba dispuesto a dar su vida por la mártir, y, su alma, que jamás osara tener arrestos de valor, hallóse de pronto templada para la más dura de las peleas. Salió de la casa, animado a poner en práctica sus proyectos nobles y santos.

---

## CAPITULO IX

### El amor de Juanito

Conforme había prometido Juanito, convirtiéndose en poco tiempo en el hombre más trabajador. Una idea fija dominaba en su cerebro de nuevo Quijote: subsanar en cuanto fuese posible la mala acción de su amigo Eduardo. Y a este efecto contribuía en la medida de sus fuerzas, á mejorar un tanto la triste situación en que quedó Marina.

Principió por solicitar y ocupar una plaza de redactor de «sucesos», pero su alma de artista no le permitía dedicarse a tan «prosáica ocupación», y con sus trabajos modestos, en un principio, y francamente buenos al poco tiempo, consiguió ocupar un puesto en la Redacción de un periódico político. Sus escritos llenos de una fogosidad conmovedora, pronto le hicieron lugar en el campo de las Letras.

Pero, no conforme con esto, que ya le rendía lo suficiente para sus necesidades y para ayudar a Marina, emprendió otro derrotero; otra ruta más en consonancia con sus aficiones literarias. Forjó el proyecto de escribir una novela. Y entonces, cuando dió principio a la labor, vió con una clarividencia perfecta que, por su temperamento apocado, por su manera de

ser de fracasado sin lucha, había perdido un tiempo precioso. Sin embargo, se hizo fuerte y, acordándose de las palabras de Eduardo: «Trabaja, trabaja y trabaja», púsose a trabajar con esfuerzos de titán, sirviéndole como norte la palabra que se había dado de constituirse en hermano y protector de Marina.

Esta y el bohemio se veían todos los días. Trabajaba ella en un taller de modas, y, a la salida del trabajo, esperábala Juanito; paseaban juntos y se alentaban mutuamente.

Unos meses había estado Marina algo más tranquila y alegre, en lo que podía caber dentro de su triste existencia; pero conforme avanzaban el tiempo y el embarazo, una tristeza profunda apoderábase de ella y le robaba la salud, marchitando la flor de su juventud, al sentir que en sus entrañas latía un nuevo ser; un inocente que nacería sin padre en no muy lejano día, con el estigma de la deshonra en la frente.

Con frecuencia caía enferma. Doña Ruper-ta hacía las veces de enfermera y Juanito se pasaba las veladas junto al lecho, escribiendo a ratos, y a ratos procurando distraerla con sus cuentos y sus chistes. Mas todo era en vano: la causa no desaparecía y, naturalmente, el efecto subsistía.

Un día de octubre, gris, tristón, fué Juanito, como de costumbre a esperarla al taller. Salieron todas las modistas, pero Marina no estaba entre ellas. Supuso enseguida que estaría enferma y se dirigió a su buhardilla.

—Buenas tardes.—dijo al entrar.

—Buenas tardes.—Contestó doña Ruperta que, solícita prodigaba sus cuidados a la enferma.

Marina no respondió. Tendida en el lecho, pálida como la cera, se hallaba desmayada, cosa que le ocurría con harta frecuencia. Su amiga intentaba, aunque en vano hacerla volver en sí. Al fin, Marina cobró el conocimiento y sonrió tristemente a Juanito.

—¡Pero, mujer! ¿Con estas andamos? ¡Cuidado que eres mimosa, y cómo te gusta que te cuiden para darte importancia!—Dijo el bohemio para alegrarla.

—No, Juanito. Es inútil que te esfuerces para disipar mi tristeza. ¡Tiene tantos y tan grandes motivos!

Y, aprovechando unos momentos en que doña Ruperta fué a su piso a «dar una vuelta por la cena», continuó:

—Ahora que estamos solos, y como a un hermano, te voy a hablar claro. Me daba reparo decírtelo delante de esa mujer, por más que ella no ignora lo que tengo. Dentro de poco seré madre... ¿Qué haré de mi hijo?

Juanito no supo darse cuenta de lo que por él pasó. Estaba ya sabedor de que Marina se hallaba encinta, pero al escuchar de boca de la madre mártir tales palabras y con tanta sencillez dichas, sintió que la ternura se desbordaba de su pecho. Hacía tiempo que, sin que él se apercibiera había ido apoderándose de su espíritu un cariño muy distinto del que antes sintiera por ella.

Si en las primeras semanas era puramente una afección fraternal, desinteresada, un cariño abnegado, altruista, no lo era así ahora. Ya no trabajaba por ella sólomente. Sus trabajos le prometían una recompensa.

Al darse cuenta del amor que se había apoderado de él, comprendió con angustia que todo cuanto hiciera, sería en vano para desarraigarlo. Era una flecha que le había penetrado en el corazón, y cuantos más esfuerzos realizase para arrancársela, más ahondaría la herida, no consiguiendo sino destrozarlo.

—Indudablemente, yo no he venido a este mundo para triunfar.—Se decía.—En el supuesto de que jamás volviera Eduardo, Marina no aceptaría mi amor. Le quería demasiado para olvidarle.

¡Pobre Marina, pobre Juanito!

Y así era en verdad. Había venido a este valle de lágrimas a fracasar. Siempre llegaba tarde a todo, o se adelantaba demasiado al momento oportuno. Su misma vida era un fracaso.

Pero hay en estas almas, a veces, una fibra buena; una fibra que les hace ser útiles a los demás, aún a costa de su suerte o de su vida.

Comprendía el bohemio perfectamente que su amor era imposible, absurdo el pensamiento de que algún día, por lejano que fuese, se llegase a realizar su anhelo.

Por otra parte, reflexionando bien, había venido a ver claro que el complemento absolutamente necesario a la vida de Marina no era él, sino otro que olvidando los deberes de hombre



había abandonado a la que le entregó su amor y su vida.

Pero Eduardo se encontraba muy entretenido, al parecer, con su querida; y si llegara a cansarse de ella, o ella de él, siempre encontraría otra que le escamotease los cuartos, por un poco de amor fingido.

Por la noche, al encerrarse en su cuartucho, forjó un plan que puso en práctica al siguiente

Apenas se levantó, aseose, desayunó apriisa, y púsose a escribir.

Debía tener muchas dificultades la carta, puesto que tomaba la pluma y, cuando ya parecía dispuesto a llenar el pliego, la dejaba en el tintero, se rascaba la cabeza, se mordía el nudillo del índice, abría desmesuradamente los ojos o bien los cerraba apretando los párpados, y después los volvía a su posición normal.

Por fin, el númen debió florecer en su cerebro, y escribió:

«Mi queridísimo amigo Eduardo: Aunque tú no te has dignado escribir, por los periódicos he ido siguiéndote en la ruta que has llevado desde que abandonaste a la pobre Marina.

Si en lugar de ser Marina quien es, hubiera sido otra, jamás habría dado yo el paso que doy; pero tratándose de ella, es preciso procurarla todo el bien que sea posible.

No me digas que has olvidado a Marina, porque te contestaré que es mentira. Fué tu primer amor, amor nacido cuando tú, entre la miseria por el triunfo o el no ser nada, te arrastrabas ensangrentándote las manos por el cami-

no de la gloria; cuando tu alma, todavía no templada para la lucha, habría sido vencida, al no encontrar otra alma bondadosa que te animase ayudándote a lidiar; cuando no eras nadie.

Después la hiciste participar de tus sufrimientos, de tus ansias, de tus desmayos y de tus goces, y ella fué el ángel de tu hogar pobre, compartiendo, con admirable altruismo tus caídas y tus triunfos.

No sólo fué tu compañera, tu hermana mayor, sino que fué tuya, sólomente tuya, inmortalizando su honor ante su ídolo...

Y tú, en lugar de besar donde ella pisara, en la primera prueba de fidelidad a que te viste sometido, cediste ante la perspectiva de una aventura vulgar, que arroja lodo a tu vida de antes, y abandonaste a tu esposa.

Piensa Eduardo, piensa. No quiero decirte más. Es preciso que cumplas como hombre de honor.

Siempre tuyo,

JUANITO ».



## CAPITULO X

### Indecisión

En tanto Eduardo, no cesaba en sus triunfos; sus obras eran esperadas con verdadera ansiedad por el público, que le diputaba como uno de los mejores escritores. Su nombre corría de boca en boca para ser alabado, sobre todo, desde su última obra teatral, cuyo éxito fué tan grande que aún duraban en el ánimo del artista las alegrías que había experimentado. Y para complemento de gozo, allí estaba su compañera, su amante, que le hacía feliz con sus caricias, que le prodigaba su amor con el afán de hacer la vida del antiguo bohemio todo lo más dichosa posible. El también la quería con un amor arrebatado: no estaba tranquilo si no permanecía a su lado, y cuando observaba que algún importuno la miraba con un poco de fijezaza, como hembra en celo, atisbaba los menores movimientos del supuesto rival y de ella; no obstante, nunca la había molestado con acusaciones que hubieran sido ridículas por lo pueriles, pues apenas pasaba por su magín la idea de traición, la desechaba indignado de sí mismo.

Un día, al volver al hotel, del teatro, donde acababa de obtener uno de sus más ruidosos éxitos, le entregaron la carta de Juanito.

Leyóla cuatro o cinco veces, a solas, quedando sumamente perplejo. Reverdecían mo-

mentáneamente en su memoria los episodios de su pasado obscuro y feliz; volvía a ver a Marina en la cena del café de «La Bohemia»; el paseo por las alamedas; finalmente su pecado, la promesa de no abandonar jamás a su ángel bendito, y su cobarde huída.

Profundizó un poco más en su alma y vió que había un punto negro de amargura; una especie de inquietud que en medio de sus goces había experimentado, sin acertar a comprender de qué provenía, y comenzó a ver claramente que tenía una obligación que cumplir, una obligación imperiosa que, como hombre, tenía que llenar. Y en su corazón se inició el resurgimiento del antiguo amor, con una sensación de dulzura y bienestar que le envolvía en un ambiente de felicidad serena.

Pero, también, estaba la «otra», la presente querida, la que llenaba su vida. Amaba a las dos, mas con un amor muy distinto. La una era la encarnación del placer mundano, mientras que la otra era la compañera amante y resignada, la mujer.

Por un momento trabose una lucha en su corazón; pero fué una lucha breve, que cesó casi inmediatamente de iniciada, al entrar Azucena radiante de hermosura.

En la refriega del espíritu con la carne, había vencido ésta.

—¿Qué haces, Eduardo? Parece que estás pensativo. Sin duda has recibido alguna declaración, ¿eh? Si así es, y si la proporción resulta ventajosa... puedes dejar a tu Azucena, a tu

cariñito, y marcharte con quien sea. Me conformo.—Dijo en tono zumbón.

Y al mismo tiempo echaba a los hombros del artista sus torneados brazos alabastrinos.

Eduardo, envuelto en la caricia cálida de su amante, perdió el recuerdo de Marina, de la pobre muñeca mimosa que dejara allí, expuesta a todos los peligros de la tempestad de la vida.

En un segundo habíanse esfumado los fugaces resplandores del primer amor y sus dulzuras, juntamente con el principio de arrepentimiento que en su pecho se iniciara... Todo lo absorbía ésta, Azucena. Y en un beso ardiente, largo, quemó las últimas reminiscencias de su pasado bohemio, volviendo sin esfuerzo a vivir el presente, a gozar su triunfo, el triunfo tantas veces anhelado.

La misma noche, en el teatro principal de la capital santanderina, estrenó su mejor obra, en la cual se reflejaba con toda la frivolidad de la opereta, su propia historia, con un desenlace adecuado a su manera de pensar entonces.

Y no sabía él que en el momento de salir a escena aclamado, de la mano de Azucena, un nuevo ser reclamaba su nombre, allá en Madrid, en una buhardilla; y que una mujer buena, al abrazar al infante, echaba de menos el complemento de sus caricias para el hijo de sus amores.

---

## CAPITULO XI

### El inocente

—Perfectamente. Y, ¿dice usted que el lunes se pondrá ya a la venta?

—Sí, señor, el lunes.

—Bueno. Respecto del dibujo de la portada ya le dije a Villalonga, y creo que lo habrá modificado.

—Sí, ha moderado bastante sus extravagancias modernistas y ha hecho una cosa razonable.

—Entonces me envía usted los ejemplares convenidos y lo que falta de la cuenta.

—Así lo haré.

—Adios.

—Adios, don Juanito.

Y Juanito, alegre, feliz, con esa felicidad ingenua e íntima del que ha hecho algo de mérito, se dirigió a casa de Marina, a quien hacía cuatro o cinco horas había dejado con los dolores del parto.

Al entrar en el portal se encontró con el Doctor, que, habiendo quedado bien Marina, se disponía a hacer sus visitas.

—¿Y bien?—Inquirió Juanito.

—Perfectamente. Un niño hermoso y al parecer sanote. Usted, como hombre de la casa, haga que cumplan mis prescripciones.—Dijo y salió dándole un golpecito paternal.

—Juanito permaneció unos instantes mirando al médico, mascullando las palabras de éste: «como hombre de la casa».

¡Oh, si así fuera, si realmente él fuera el hombre de la casa, el esposo de aquella infeliz y el padre de aquel inocente...! ¡Qué felicidad la suya!

Juanito procuraba disimular su amor; pero cuando se encontraba solo, ¡cuántas veces había dejado la pluma para enjugarse una lágrima de ternura!

La realidad se imponía estrujante y había que ceder a su presión. Además, como buen español que era Juanito, por ley natural, innata en los hijos de esa tierra, encerraba en su alma, el alma de don Quijote, y, habiéndose impuesto este papel desde la huía de Eduardo, no cejaba un instante de su hermoso propósito.

Subió a saltos la escalera y llamó. Salió a abrirle doña Ruperta, la cual le dijo que podía ver a Marina sin ningún inconveniente.

Yacía Marina en la cama con su chiquitín al lado. Sus ojos estaban circundados de un halo violáceo que daba un tono bellísimo a su ovalada cara, entonces intensamente pálida y a la vez con expresión de un contento íntimo aunque empañado por el recuerdo del ausente.

Acercóse Juanito al lecho y no pudo reprimir un ¡ah! de asombro. A su vista aparecía Marina mucho más bella que antes, con una doble belleza: la del rostro y la del dolor del parto, dolor santificante y redentor de sus culpas; dolor que la lavaba de sus faltas y la en-

diosaba haciéndola adorable: ¡por ser mujer y por ser madre!

—Mira, Juanito, mira, qué hijo tan hermoso... ¡Si su padre estuviera...!

«Si su padre estuviera...» ¡Qué poema tan bellamente doloroso encerraban las palabras que había pronunciado!

Entonces comprendió Juanito que se había mentido a sí mismo, que amaba a Marina con todas las potencias de su alma, y que siempre, aun procurando por la felicidad de ella haciendo que volviera Eduardo, había conservado, muy honda, la esperanza de que tal vez llegara a ser su esposa. Y se daba perfecta cuenta de que queriendo ser bueno había sido malo, y su conducta encerraba un nuevo fracaso.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se sobrepuso a sus sentimientos, acallando el egoísmo que encerraban, y se condujo como mejor pudo, acudiendo solícito a las cosas propias de un hombre.

Doña Ruperta, que había asistido a Marina en todo y que se había encargado de la casa, buscaba la oportunidad de hablar sobre la suerte que había de correr el recién nacido.

—Mi desco es que se llame como su padre.—  
Decía Marina.

--Muy bien pensado,—dijo la comadre.--  
Me parece que en el Hospicio puede solicitarse que le pongan ese nombre.

—¡Cómo en el Hospicio?—Repusieron a un tiempo Marina y Juanito.



— ¡Pues, claro, en el Hospicio! Porque creo que la señorita Marina no lo va a tener en casa.

—Y, ¿quién le ha dicho a usted que no? Mi hijo no se separará de mí.—Gritó más que dijo Marina, y lo abrazó como si ya lo viera en peligro de separarse de ella.

—Perdone usted que me meta; pero a mí me parece muy mal eso de tener y criar un hijo natural, sabiendo, como todos sabemos, las malas lenguas que hay, y la deshonra que le caería a usted.

—Doña Ruperta: creo que sus palabras encierran una buena intención, pero no soy de su parecer. Pequé, y he sufrido mi penitencia y la sufriré; pero soy madre, ¿oye usted?, soy madre, y el deber de una madre es amamantar a sus hijos. El mundo hablará mal de mí, mas, ¿qué me importa? No temo a las palabras. Habré cumplido con mi deber.

—Tiene razón Marina.—Intervino Juanito. —Por muy grande que haya sido su culpa, mayor es su tormento, y al ser madre, se redime de su pecado, y la leche de sus pechos debe criar a su hijo. Lo demás son convencionalismos, prejuicios sociales estúpidos y salvajes. El hijo es inocente y tiene derecho a un nombre, y ese nombre lo tendrá, sí, lo tendrá.

Y fijo ya en su idea, salió después de despedirse y decir que al otro día volvería.

En el primer café pidió recado de escribir y redactó una epístola larga y llena de razones conmovedoras, a su amigo Eduardo.

Toda la tristeza que le embargaba por su

última desilusión, la virtió transformada y cristalizada en otros sentimientos más altruístas, que seguramente harían impresión decisiva en el alma de Eduardo.

---

## CAPITULO XII

### El retorno al nido

—Oye, Juanito: ¿tú crees que Eduardo volverá a pensar como antes? ¿Crees que renacerá en él el amor que me profesó y que perdió por «esa»? ¡Oh, ¡quiera Dios que así suceda, que su alma buena despierte y comprenda que hay un ser esperando su nombre, que hay una madre afligida, que hay una esposa que le espera con los brazos abiertos, anhelante de perdonarle todas sus faltas, y todos los sufrimientos que me ha causado.

—Sí, Marina, sí. Estoy seguro de que Eduardo reaccionará y cumplirá su deber. Ya ha debido recibir mi carta y seguramente las primeras noticias que de él tengamos serán las de que viene por fin.

—¡Dios te oiga! ¡Qué bueno eres!

«¡Qué bueno eres!»... Estas palabras se clavaron en el corazón del poeta. No sabía ella la lucha que significaba para él todo aquello. Es verdad que bien hubiera podido tratar de enamorarla y no pretender la vuelta del ingrato; pero también es verdad que él esperaba la negativa de Eduardo, como solución a su íntimo problema.

Su alma se revolvía en un caos, del que no podía salir. Por una parte, ansiaba el retorno

de Eduardo para la felicidad de Marina; pero, por otra parte, le asustaba la perspectiva de su porvenir. Era altruísta y ególatra, bueno y malo.

Llamaron a la puerta. Un silencio palpitante cubrió la estancia. ¿Sería «él»? ¡Cá, no podía ser, era demasiado pronto!

Acudió a abrir doña Ruperta y recogió un telegrama para Juanito.

Abriólo este con mano febril y leyó:

«Mañana tren noche llegaré Madrid—Eduardo».—

Quedaron silenciosos Marina y Juanito. La una por la intensa alegría que le embargaba; el otro, embarazado por la alegría y la tristeza; dos sensaciones distintas que se emulsionaban, por decirlo así, en su alma.

¿Cómo era posible que Eduardo, tanto tiempo olvidado de Marina, viajando al lado de su querida y coronado por la gloria, volviera a su vida de antes? ¿Cómo era posible que en un momento dejase todo, abandonase todo, para retornar a su antiguo nido? Ni el mismo Eduardo podía darse cuenta de ello. Y es que cuando el alma es buena, cuando abriga sentimientos buenos; cuando ha amado de verdad, si alguna vez en el camino de la vida se desvía para seguir un derrotero opuesto al que debiera por cualquiera circunstancia imprevista, como le sucedió a él, por otra causa eventual, recaciona aquella alma corrompida o simplemente desviada, y rectifica su marcha, volviendo al sendero de las almas buenas y nobles.

Esto era lo sucedido a Eduardo. El era bue-

no, amaba a Marina hasta el punto de no querer separarse nunca de ella; pero encontró otra mujer perversa o buena, engañadora o leal, egoísta o liberal, y no fué dueño de sí mismo, y no tuvo ningún inconveniente en abandonar a Marina.

A la primera llamada dudó un momento; duda que fué desvanecida enseguida el sólo influjo de la mujer que le arrancó de los brazos de Marina.

Pero ahora, al saber que ésta había tenido un hijo, al saber que él era padre, retrocedió por el camino emprendido y no tuvo otra idea que la de cumplir su deber de hombre honrado. Le importaba ya muy poco lo que de él se pudiera decir: tenía una misión sagrada que llenar, tenía una obligación ineludible que cumplir, y abandonando todo, regresaba más feliz que nunca a su primer hogar... Mas, ¿renacería en él aquel amor, dormido hacía tanto tiempo?

Dice un cantar popular:

«Agua que va río abajo  
arriba no ha de volver».

¿Sería verdad ésto? Pero hay otro cantar que dice:

. . . . .

. . . . .

«El primer amor es siempre  
dicha que jamás se olvida».

¡Oh!, si no volviera aquel primer amor,

¡qué triste sería en adelante su existencia! ¡La «soledad de dos en compañía!»

Sin embargo, Eduardo siempre había conservado oculta la florecilla del cariño a Marina, y he aquí que, al ser padre reverdecía de nuevo...

Salió Juanito de casa de Marina con una tristeza muy honda en el pecho. La vuelta de Eduardo significaba para él un triunfo muy grande del altruísmo sobre la egolatría, pero era un fracaso más en su vida.

Había luchado por dos fines: la vuelta de Eduardo, que hiciera feliz a Marina, y el abandono de esta, para que él, no teniendo ya rival, la ofreciera su sincero amor.

Aquella noche volvía Eduardo. Entraría en su casa como padre del inocente, y Juanito quedaría en la situación de amigo, lo que era antes; el amigo fracasado a quien se invita a almorzar por cariño y por compasión también.

La novela de Juanito habíase puesto a la venta. Con el éxito de su obra pensaba ofrecer a Marina todo lo que él valía, y con su producto ayudarla materialmente. Era la primera obra a que había dado término sin desmayar.

Al pasar por las librerías, veía su libro expuesto en primer lugar, como convidando a los curiosos a desflorarlo, y pensó que él ya no tenía alma, que toda ella estaba aprisionada en los caracteres de su novela y que andaba culebreando en torno de las patitas de las letras, pasando de una a otra, desde el prólogo hasta el final, con una rapidez vertiginosa.

Entró en un café y oyó un clamoroso aplauso de sus amigos. Todos conocían ya la obra; unos por haberla leído, otros por referencias, y todos estaban conformes en que había constituido un éxito.

Juanito saludó a todos lo más atentamente posible, disimulando su tristeza; pero una idea bullía en su cerebro: «Eduardo viene, Eduardo viene...»

¿Por qué lo llamó? ¿Por qué puso todo su empeño en rehacer lo deshecho, en reconstruir un nido al cual se consideraba acreedor, con derecho para usarlo cuando quisiera? Pero al darse cuenta de que todo lo había hecho con un egoísmo disfrazado, un egoísmo encerrado en el fondo de todas sus acciones, de aquellos actos que parecían altruístas y que no eran otra cosa, desde que se enamorara de Marina conscientemente, que pruebas, tientos a la suerte, que podía favorecerle o tumbarle, se avergonzó de sí mismo; vió con asco su vileza, y, aunque sabía que ésta no era conocida por nadie, sintió rubor ante la gente.

En este estado de ánimo, ¿cómo esperar a Eduardo? ¡Imposible! Eduardo llegaba aquella misma noche; pero él no iría a verle.

— ¡No le veré jamás...! — Murmuró sordamente.

Y al salir del café sin despedirse de sus amigos que le contemplaban no sabiendo explicar la causa de su manera de proceder, repitió como obsesionado.

— ¡No, no le veré jamás...!

---

## CAPITULO XIII

### El último fracaso de Juanito

¿Para qué describir la escena que se verificó entre Marina y Eduardo? Retraídos los dos amantes en las primeras horas, como obedeciendo a un mútuo propósito, ninguno, aludió al pasado. Era muy bello el presente para entristecerse recordando cosas desagradables que en lugar de aproximarlos los separaran.

—Lo que me extraña—decía Eduardo—extraordinariamente es que Juanito no haya venido ni ayer a esperarme ni hoy a vernos.

—¡Pobre Juanito, qué bueno es! Seguramente estará preparándonos alguna sorpresa; aunque, a decir verdad, también yo estoy preocupada por su ausencia que no comprendo.

Volviéndose los dos amantes hacia el chiquillo que dormía pacíficamente, creyeron ver en una mueca casual de su boquita, una sonrisa de felicidad.

Entonces, Eduardo, en un momento de alegría expansiva pronunció lleno de emoción estas palabras:

—¡Triunfo, triunfo! ¿Dónde estabas? ¿En mis laureles? ¡No! Estás en nosotros mismos, en el cumplimiento de nuestro deber.

Después resumió toda su vida exclamando:



— ¡Bohemia...! ¡ ¡Triunfo! !

Llamaron a la puerta; acudió Eduardo y volvió al lado de Marina con una carta. Era letra de Juanito.

— Lo que yo te decía: alguna sorpresa.

Abrió Eduardo la carta y su semblante empalideció notablemente. En aquellos momentos ya habría muerto Juanito.

— ¡Santo Dios! — Exclamó Eduardo.

— ¿Qué es?

— Una sorpresa decías... ¡Sorpresa, pero grande! ¡No puede ser, será una broma...! No, no, no me atrevo a creerlo.

Después de leer la carta, sin decir nada corrió al cuchitril del bohemio. El Juzgado ya se había personado y había levantado el cadáver, ordenando su traslación al depósito.

Allí lo vió Eduardo; tendido, con la sien atravesada, de la cual manaba un hilillo de sangre que le caía hasta el cuello.

Juanito, en la carta, explicaba el móvil de su suicidio, exponiendo con toda claridad y precisión todos sus pensamientos con respecto a Marina y a Eduardo; sus esperanzas de ser un día el amante, el esposo de ella; y a la vez el altruísmo fingido. Por último, confesaba que hubiérale sido imposible vivir y había tomado la resolución de matarse.

— ¡Pobre amigo mío! — Gimió Eduardo

Pidiendo detalles de la muerte de Juanito, supo que a las cinco de la tarde entró en un café y escribió dos cartas, encargando al foto-

nes que no las entregara hasta las ocho o las nueve de la noche. Después fué a su casa y se abrió una vena; pero impaciente, haciéndosele muy larga la agonía, se disparó un tiro en la sien.

Esta fué la tragedia del bohemio, del fracasado.

Eduardo ocultó a Marina la muerte de Juanito, diciéndole que estaba gravemente enfermo, a fin de que no se resintiera, con la impresión, en su delicada salud. Pero ella se enteró a los pocos días por doña Ruperta a quien involuntariamente se le fueron algunas palabras, las suficientes para que Marina se diera cuenta de todo.

. . . . .  
. . . . .

Han pasado dos meses. Marina y Eduardo, unidos ya en el matrimonio, se pasean del brazo por el Retiro y nada turba la felicidad en que se mecen.

Sólamente el recuerdo del amigo muerto enturbia de cuando en cuando sus alegrías.

— ¡Qué bueno era! Por ayudarme consiguió lo que nunca había logrado: un éxito.

— ¡Quién pudiera deshacer los yerros cometidos...! — Dijo Eduardo. — ¡Pobre amigo! Toda su vida fué un fracaso; y su triunfo, el primero, por una triste paradoja fué su mayor fracaso...

F I N

## OFRENDA

(A mi padre)

*En el bello vergel del alma mía,  
rompiendo ruborosa su botón,  
brotó y sumó su luz a la del día  
impregnada de néctar y ambrosia  
una flor que perfuma el corazón.*

*Y en el fondo del cáliz encerré  
mis besos con mis llantos y cantares,  
y de amor un tesoro fabriqué  
que al calor del cariño de mis lares  
en mi pecho anhelante conservé.*

*Los pétalos de grana de esa flor,  
al frío de tu muerte, marchitaron,  
y al caer, tu sepulcro engalanaron.  
Y entonces el tesoro aquél de amor  
que en el cáliz las hojas encerraron  
al cielo se elevó; que en mi dolor  
mis cantos en plegarias se tornaron  
que hoy te ofrenda postrado el trovador.*



# INDICE

---

<u>TITULOS</u>	<u>PAGINAS</u>
Prólogo . . . . .	5
Dos palabras al lector. . . . .	5
<b>TRABAJOS EN VERSO</b>	
A Navarra.. . . . .	9
A mi madre. . . . .	11
Estela de la Vida.. . . . .	13
La Canción del Bardo. . . . .	15
El Caballero de la Muerte. . . . .	17
Plegaria de la Hetaira. . . . .	19
El Viejo Aldeano . . . . .	23
Al través del visillo. . . . .	27
Rimas . . . . .	29
Amor... Manantial de ventura. . . . .	33
Campánulas moradas. . . . .	37
Añsias del poeta. . . . .	39
<b>TRABAJOS EN PROSA</b>	
La Canción del Martillo . . . . .	43
Josepatxu. . . . .	51
Recuerdo de mi vieja Navarra. . . . .	59
El aparecido . . . . .	65
Hidrea y Pelops (Leyenda griega) . . . . .	69
Idealidad. . . . .	73
Un sueño al alcance de todos. . . . .	79
Noche de San Juan . . . . .	83
Tzantzo el Koblari. . . . .	89
Caricias (poema en prosa). . . . .	95
Dadaismo . . . . .	97
La novela y la velocidad de la Vida. . . . .	101
Bohemia... ¡Triunfo! (Novela sentimental). . . . .	105
Ofrenda. . . . .	186

---





